

Ilustracion Artística

AÑO XX

BARCELONA 11 DE NOVIEMBRE DE 1901

Núm. 1.037

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIANDO LA LECCIÓN, cuadro de José María Tamburini

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el cuarto tomo de la presente serie, que es el segundo y último de la interesante obra **ASTRONOMÍA POPULAR. DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO.**

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea.* Heine. *Dos valentones*, por Emilia Pardo Bazán. — *Cuentos provincianos. Pensamiento y corazón*, por Cristóbal de Castro. — *Representación de la ópera «Carmen» en las Arenas de Barcelona*, por R. — *La tragedia de Alberto*, por Rafael Ruiz López. — *Diversiones peligrosas*, por A. Sánchez Pérez. — *Vicente Bellini*, por R. *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *China. Los mandarines*, por H. W.

Grabados. — *Estudiando la lección*, cuadro de José María Tamburini. — Dibujo de Cabrinety que ilustra el artículo titulado *Cuentos provincianos. Pensamiento y corazón.* — *Maternidad*, boceto escultórico modelado por Alfredo Gilbert. — *Barcelona. Representación de la ópera de Bizet «Carmen» en las Arenas.* — Tres dibujos que ilustran el artículo titulado *La tragedia de Alberto.* — *El juicio de París*, cuadro de B. Koch. — *Vicente Bellini.* — *China. Los mandarines. El príncipe Tchung, el almirante Ting, y el Ministro Hsu Keng-shen-Yamen.* — *Armas de gala de los mandarines.* — *Campamento de reconcentrados boers en el Transvaal*, dibujo de Jorge Soper, de un croquis de un oficial inglés.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

HEINE. — DOS VALENTONES

Heine es de actualidad, porque su estatua, rechazada de todas partes, ha encontrado acogida hospitalaria donde la encontró el mismo poeta: en París.

Nació Enrique Heine, el más sentido de los líricos modernos, en Düsseldorf, en 1800; su familia era judía, de Altona; su padre, Sansón Heine, vendía terciopelo. Francia ejerció sugestión sobre su fantasía desde la niñez: su madre, Betty Gelden, que era una apasionada lectora de Rousseau, quiso que entrase al servicio del dios de aquella época, Napoleón. Si no cae el Imperio, Heine es militar, y forma en las filas con aquellos dos granaderos cuya conmovedora balada escribió. Caído el Corso, quiso Betty que su hijo fuese banquero, como lo era su tío Salomón Heine. No sabía que el joven Enrique estaba predestinado á ser rey... «El poeta es un monarca,» repite él en uno de sus más hermosos *Cantos*.

* *

Lo curioso y típico de Heine es que, francés por la simpatía, por el entusiasmo que le inspiraba «el pueblo de la gloria,» que así designaba á los franceses; enemigo de la pedantería alemana, de las costumbres alemanas, de la política alemana, nadie fué más alemán, en cuanto poeta, ni censuró con más desprecio la poesía francesa que él. «Su métrica — decía refiriéndose á los poetas franceses — debe de haberla inventado Procusto: es una camisa de fuerza aplicada á ideas sobrado pacíficas para que la necesiten. Hacer consistir la belleza de un poema en las dificultades de versificación vencidas, es un principio ridículo. El hexámetro francés, ese *hípo rimado*, es para mí una abominación. Los mismos franceses comprenden lo que tiene de repulsivo este arte contra la naturaleza, infinitamente más criminal que las monstruosidades de Sodoma y Gomorra, y sus buenos actores están habituados á recitar los versos de un modo que imita la prosa, para lo cual no era necesario tomarse la molestia de versificar...

»No puedo acordarme sin espanto de que, en el colegio, tuve que extraer de la Crestomatía del profesor el discurso de Caifás al Sanhedrín y traducir los hexámetros de la *Mesiada* de Klopstock en versos franceses. Era un refinamiento de crueldad. ¡Dios me perdone! Maldije al mundo y á los opresores extranjeros que querían imponernos la cadena de su versificación y estuve á pique de convertirme en galófono. Sentíame capaz de morir por Francia; pero de hacer versos franceses, ¡nunca!»

Verdad es que había entonces quien se encargase de refrescar el cariño de Heine á Francia: era el tambor que tenían alojado: el que «parecía un diablo y redoblaba divinamente;» el que enseñaba al chicuelo prusiano la historia de la Revolución francesa por medio de la música, tocando la *Marsellesa* y el *Ca ira*, y ofrecía á su joven imaginación el espectáculo sangriento y magnífico del puente de Lodi, de Marengo, de las Pirámides.

Caso que no debe admirar á quien conozca cómo se vive en las regiones del espíritu, que á uno de mis amigos franceses, poeta y pensador, le haya encontrado más pensativo que por la cuestión de las Órdenes y los amagos de guerra de Oriente, por las vicisitudes de la estatua de Enrique Heine. La estatua fué un capricho de aquella pobre romántica y desequilibrada emperatriz de Austria, á la cual no bastó pesar tan poco en los destinos del mundo para librarse del puñal de un anarquista. Al morir la entusiasta del vate, no se supo qué hacer con la estatua; ningún pueblo quiso darle hospitalidad. Austria y Alemania negáronse á recibirla. Fué preciso que la recogiese como de limosna Francia — Francia, la patria segunda del ruiseñor agasajado con la peluca de Voltaire. — Alemania es implacable en sus rencores contra el «mal patriota» Heine. Austria lo mismo: ni aun permite que una calle lleve el nombre del autor de los *Lieder*. No le perdonan sus rasgos de independencia, sus ironías, los dardos alados que disparó con la sonrisa y la actitud de un Apolo. ¡Venturosa tierra que se da el lujo, en su intolerancia patriótica, de desnaturalizar á un Heine! A veces se me figura que Heine vale por toda Alemania. Si existe un ser que no necesita patria, porque nació en el Olimpo, es el interrogador de la Esfinge, el mago que hace hablar á las flores bajo la pálida caricia de la luna, el que, sin embargo, se sintió hijo del suelo que había de renegar de él, y exclamó al pasar bajo las venas de la «dulce niña:»

— *Ich bin ein deutscher Dichter...* ¡Soy un poeta alemán!

* *

Al recordar mis pláticas con el amigo francés sobre Heine, pienso, por asociación de ideas, en otras relativas á las Órdenes religiosas, con amigos que, si digo que son intelectuales y franceses, casi podría adivinarse su opinión. Favorable á las Órdenes; más favorable, más explícita de lo que yo misma imaginaba.

— ¿Qué daño hacen? ¿Con quién se meten las Órdenes?, exclamaba uno de ellos, así que cambió la conversación y se decidió á dejar de la mano al cantor del *Intermezzo*. Su actitud, en conjunto, no ha podido ser más correcta en el asunto Dreyfus. ¡Los asuncionistas son una excepción! La libertad quiere que cada cual viva como le plazca, en no haciendo daño á los otros. Y si se consultase al público, el sentido general sería este. Las Órdenes no son aquí impopulares, ni cosa que se le parezca. ¡Ah! El pensamiento, en Francia, ha experimentado una evolución curiosa. Hasta 1850 hubo volterianos, pájaros burlones, que en vez de cantar silbaban. Desde mediados del siglo, la acción del naturalismo trajo la reacción de la religiosidad sentimental y aristocrática, la corriente decadentista y estética, y tuvimos vidrios de colores y vahos de azucena y figuras prolongadas á pasto. Usted lo ha oído de labios de Zola: «¡Cuánto misticismo en este fin de siglo!» Los volterianos estaban en ridículo, como el que usa un sombrero de cuatro modas atrás. Ni á resollar se atrevían. Las cigüeñas habían vuelto á los campanarios. Y ahora que esa escuela literaria también se ha deshecho — las escuelas hoy se deshacen rapidísimamente, son pompas de jabón, — ha llegado á imponerse en la mentalidad francesa un convencimiento razonado de que la religión es una fuerza social, algo en que se apoya la organización presente tal cual existe y tal cual se pretende que no exista. Porque ese es el fin: desorganizar lo existente, desorganizar á Francia. Lo digo fríamente; no es lenguaje de medroso ni de reaccionario. Nada tengo de reaccionario, ¡já fe! Seré, cuando más, estacionario; es decir, aspiraré á la conservación de la Francia que conozco, y que es una Francia republicana, sólidamente constituida, conservadora de lo adquirido con tantas luchas y tanta efusión de sangre; una Francia en evolución, que progresa despacio de un modo insensible y seguro; que ha rehecho su ejército, su hacienda, su instrucción, y á quien hoy los alemanes no hincarían el diente tan á gusto como hace treinta años. Todas estas ventajas las van á lanzar por la ventana á propósito, en un acceso de epilepsia, para que se establezca un solo poder, un solo señorío: el del dinero. Expulsaremos á los frailes y saludaremos á los agiotistas y banqueros judíos, que son los muñidores de esta compañía. — El problema de ustedes es de otra índole. Han sido ustedes muy mal gobernados y muy poco felices. Constituyen ustedes en ciertos respectos, y á pesar de sus cualidades encantadoras, una excepción dentro de las corrientes de cultura europea. Esto les lleva á ustedes á mirar con recelo cuanto representa el pasado. Nosotros, al revés: á nuestro espíritu moderno, necesitamos añadir

la levadura de la tradición. No queremos disolvernos: nos asusta el salto en las tinieblas. Nuestras Órdenes religiosas enseñan, llevan el nombre y la bandera francesa á los países de nuestra legítima expansión colonial, al continente africano. Comprendo que se vigile y se atienda al modo de proceder de las Órdenes en lo que toca al punto del patriotismo, porque lo único que se les achacaría con visos de razón es que son sociedades poderosas constituídas dentro del Estado y obedientes á un jefe extranjero; pero mientras se conduzcan como buenos franceses los religiosos, ¿se cohonestará el hecho de quitarles bonitamente lo que es suyo y de prohibirles lo que no se prohíbe á los demás ciudadanos? Créalo usted: aquí no se trata sino de desintegrar, á toda costa, por sistema, y no desde el club ni desde la calle, sino desde el santuario de las leyes, como esos caballeros dicen... Francia se rehacía. A estorbarlo. A quitar de en medio á las Órdenes. Después, le tocará el turno á otras cosas...

Y el que así se expresaba añadió:

— ¡Ah! Sí; entre los intelectuales, ya que este nombre se nos quiere dar, existe bastante unanimidad de pareceres, un movimiento significativo. No somos uno ni dos: somos legión. No hablemos de casos como el de Huysmanns, recluso en un monasterio: ese me parece un rezagado del misticismo, un ultra-romántico. Pero Lemaître, Brunetiére, Faguet, Gebhart, Doumic, Voguie, Bourget, Barrés, creo que son nombres, y de gente que no sueña ni se deja impresionar por dos arcadas treboladas de claustro y un toque de hiedra encima. Aquí hay algo diferente. No queremos que se nos deshaga entre los dedos Francia...

* *

Pasaba esta conversación en la terraza de un hotelito del oasis versallesco, que si no atrajese por su Museo (más notable de lo que se cree, aun desde el punto de vista del arte puro) y por sus recuerdos históricos en tropel), desde las magnificencias del reinado de Luis XIV hasta la coronación de Guillermo I ante el enemigo, atraería por la frescura que le presta en verano el anchísimo cinturón de arbolado profundo, añoso, noble, de alto fuste, que le rodea de verdor. Versalles era para mí el término de varias expediciones en camino de hierro, para aceptar invitaciones de ilustres amigos desperdigados por aldeas y pueblecillos de las cercanías de París, que en puridad no son sino un vasto jardín, un lindo huerto y un primoroso parque. Fueron, sin embargo, en otro tiempo, las orillas del Sena, esteros, pantanos y juncuales infructíferos. Tanto puede la labor del hombre.

* *

Saltando de Francia á España, ¿habéis leído el desafío de dos panaderos? Si la noción del honor se afirma por el duelo; si en eso consiste la caballería, inclínense ante esos dos obreros todos los caballeros que *van al terreno* para vindicar la honra. Ahí sí que no hubo almuerzo, ni farsas, ni actas, ni ninguno de esos risibles pormenores que convierten en mascarada el desafío. Los dos mocetones tuvieron por la mañana una cuestión personal: uno de ellos descargó al otro una bofetada. Inmediatamente se concertó el lance. Pero no podían verse las caras hasta realizar su trabajo, su labor del día. Era necesario cumplir, amasar el pan, y lo hicieron, con la misma calma y asiduidad que un día cualquiera. Nadie pudo sospechar que, al terminar la jornada, iban á jugarse las vidas. Nótese que no digo *la vida*, y es que en estos duelos entre gente del pueblo, no se va á cara ó cruz, sino á ambo: generalmente hay dos cadáveres. Hace falta, pues, doble valor y doble energía, puesto que no existen las cincuenta probabilidades sobre ciento de salir, aun en el peor caso, ileso.

Los panaderos, terminada la labor, se reunieron en un sitio solitario. Cada cual llevaba un cuchillo. No hablaron palabra; ¿para qué? En esto se mostraron de una corrección aristocrática. Mano á las armas, y de cerca. La lucha, fiera, muda, apretada, duró minutos. Uno de los combatientes cayó. El otro se tambaleaba. Ambos tenían heridas mortales. Y no hubo más. Nadie vino á estrecharles la sangrienta mano, diciéndoles que eran unos caballeros y que quedaba satisfecho el honor...

* *

El valor existe entre nosotros como el diamante en ganga tosca. La dignidad, lo mismo. ¡Lástima de cualidades que podrían emplearse óptimamente!

EMILIA PARDO BAZÁN.

CUENTOS PROVINCIANOS. - PENSAMIENTO Y CORAZÓN

I

Cada vez que Agustín ponía el pie en aquel aborrecido palacio, se le subía la sangre á la cabeza, se irritaba como un lobezno con hambre, y le venían al pensamiento las ideas más malas. Y al tocar sus manos callosas el llamador de la campanilla, tan limpio, tan dorado, tan reluciente, las retiraba de golpe, como cuando se toca un bicho repugnante. Su sangre caliente de siervo campesino le hervía en el cuer-

á sí mismo de que debía hacer y acontecer; y al salir, como salía casi siempre con algo en las manos - ya ropas, ya calzado, ya comestibles, - iba diciéndose que la señora valía un Perú; y dejaba *la degollina*, el odio y el exterminio para el día siguiente.

La señora hacía una vida apartada, de retiro; misa temprana en el oratorio; almuerzo, con más de aparato que de substancia, pues todo se iba en que media docena de criados, más serios que jueces, traían y llevaban un sin fin de platos y cubiertos que no

blanca; óropéndolas de collar negro; y volando de acá para allá, candorosamente, como si estuvieran á sus anchas en las alamedas del ribazo, los pintados colorines sacudían sus alitas irisadas, cantando á grito herido delicados arpegios á una libertad ilusoria.

La millonaria iba de un lado á otro, recogiendo la cola señorial de su vestido negro, y dando órdenes al paciente Agustín que, con las tijeras de podar en las manos, aguardaba la menor indicación.

- Esos claveles están muy espesos; estas azucenas



Vete. Que si mi pensamiento es un loco, mi corazón «está en su sitio» (dibujo de Cabrinety)

po con oleadas de calentura; todas sus penas de cavador silencioso y resignado le salían á la cara, dándole un aspecto de criminal feroz; todos sus soliloquios de esclavo sin ventura, dichos al compás de los azadonazos, resurgían briosos y avasalladores, cuando el jornalero se veía solo en aquel portal lujosísimo, frente á frente con mármoles y pinturas, cara á cara con las costosas estatuas de dioses paganos que, dando la guardia de honor en el soberbio pórtico, le miraban compasivamente con sus ojos sin pupilas, inmóviles, fijos, tenaces.

La millonaria, dueña del palacio aquel, era una señorona por todo lo alto, con sus puntas de altiva matrona y sus ribetes de ricahembra; chapada á la antigua, muy pagada de sus entronques linajudos, de gustos refinados y de conversación amena y culta; pero con todos sus pujos aristócratas y orgullosos, era más buena que el pan y tenía un corazón que no le cabía en el pecho.

Mirando esta piedad de la millonaria, y porque á él le cabía la mejor parte - ropas para la mujer, dulcecillos y juguetes para los muchachos y otras *chupuzas* que solían caer con mucha frecuencia, - Agustín no había «reventado» ya, dándole un puntapié á todo; y con una mansedumbre que á él le parecía virtud sin ejemplo, iba un día y otro á arreglar el jardín de la señora, trabajo en el cual él se llevaba la palma en aquellos contornos.

De modo que sucedía esto: al entrar, entraba mi hombre echando sapos y culebras y convenciéndose

servían para maldita la cosa; la millonaria, sin que ningún doctor Tirteafuera pronunciara el *absit*, dejaba los manjares intactos.

Luego, por la tarde, el sacramental paseo en coche. Una berlina de obispo, ancha, pesadísima, que iba desempedrando las calles tirada por dos mulas mansas y nobles, y que, para las comadres y los chiquillos que tomaban el sol á las puertas de sus casuchas, era un acontecimiento.

Decían al verla pasar: «¡Por ahí va la millonaria! ¡El coche de la millonaria!...»

Y al anoecer, ya se sabía; la visita á la pajarera y la inspección del jardín.

Había un cuadrado de arriates que festoneaba las cuatro paredes altas y blanquísimas del jardín. En ellos, la mano hábil de Agustín ordenaba y seleccionaba las flores *de la tierra*, combinando primorosamente toda una gama de colores maravillosos; claveles encarnados entre rosas blancas; geranios con manchas oscuras entre pensamientos de un violeta suave; alhélfs de tonos amarillos y rosas de Pasión de verdinegros matices. Y á cada soplo del airecillo del anoecer, aquella almáciga de tallos primorosos movía sus penachos de colores, con delicadezas y elegancias de cuerpos de andaluzas.

En el centro del patio la pajarera alzaba su enrejado de varillas relucientes; allí se columpiaban formando una algarabía chillona loros y guacamayos, con sus plumajes verdes y rojos; tórtolas grises que arrullaban constantemente; vencejos de pechuga

necesitan un tizeretazo; aquellos alhelíes están perdiendo á voces un recorrido...

Y Agustín, ¡tras, tras!, le daba á la tijera...

II

Así estaban las cosas cuando, de la noche á la mañana, se dejó caer por el pueblo nada menos que el compañero González, famoso orador socialista, nuevo apóstol de un credo novísimo que - según él - se había metido en el bolsillo del chaleco á Pablo Iglesias, á Perezagua y á *tutti quanti*. El famoso González *se traía* cada argumento que temblaba el mundo. Nada de chillar, ni de alborotar, ni de pasarse la vida clamando estérilmente. La cosa era *hacer* y no *decir*: irse derecho al bulto. ¿Qué, que los ricos no nos dejan vivir? Pues nada, *compañeros*; con matar á los ricos y no dejar ni uno para semilla, se arregla todo. Dejarse de oratoria; nada de discursos. A lo práctico...

En el *meeting* no cabía un alfiler.

Los sencillotes jornaleros acudían en manadas, como los mendigos cuando reparten bonos: creían aquellas buenas gentes que con oír á González se acababa para siempre la vida perra y cruel de cavar de luz á luz por tres reales. González venía á ser el Redentor de los jornaleros... Y ¡claro!, en cuanto abría la boca, como les prometía el oro y el moro, los pobres no se daban abasto en aplaudir.

Agustín, el jardinero, dicho se está que tenía la

boca abierta. Oía á González y le parecía que era él mismo quien estaba hablando. Toda aquella aversión furiosa renacía en el trabajador esclavo, saliendo, como una explosión, en las palabras más rencorosas y de más odio...

De pronto, oyéronse las campanas que sonaban de un modo alarmante, con un *tan, tan*, seguido, como toque de rebato, y una voz dijo: «¡Fuego! ¡Hay fuego!..»

En un santiamén quedó el local vacío del todo. Los del *meeting* salieron atropellándose, dándose pisotones, empujándose con violencia por ver quién llegaba antes. Por el pueblo corrió la noticia como una exhalación.

La gente se asomaba á las puertas, iba y venía como loca; las mujeres, con caras de angustia, sujetaban á los chiquillos para que huyeran del burdel; los hombres, con cántaros de agua, con piquetas, con azadones, corrían calle abajo.

En los grupos se oía decir con terror: «¡En *ca* la millonaria ha sido! ¡En *ca* la millonaria!..»

Cuando llegaron los jornaleros ante el palacio, el fuego había tomado alas y el humazo y la polvareda del escombros llenaban la calle de punta á punta.

Las llamas, alargándose y retorciéndose como serpientes rojas, lamían la fachada antiquísima, tostando las enredaderas de los balcones, cuyos cristales saltaban en pedazos. Un lienzo de pared se desplomó de golpe arrastrando consigo vigas, ladrillos, grandes trozos de yeso y enormes conchas de cal. Cayó pesadamente, como un alud alpino, haciendo estremecer la tierra con su golpetazo de titán, y tan cerca del grupo de obreros, que á poco más los aplasta.

Cundía el terror entre la gente, porque el palacio ardía como la yesca y en el pueblo aquel jamás hubo ni una mala bomba de que echar mano. Se oyó decir con horror: «La millonaria está dentro. ¡Se va á achicharrar la infeliz!..»

Y entonces, sin saber cómo, el pensamiento de Agustín, fresco aún y acabadito de regar con odio por los discursos socialistas, se paró de golpe, como un reloj al que se le salta la cuerda; y el corazón, aquel corazón de obrero, de esclavo, de oprimido, sintió el mandato irresistible de una piedad redentora. Dicho y hecho: Agustín, con gran asombro de los demás, de un salto se metió en el portal, empuñando una piqueta. La cerradura de la cancela saltó hecha añicos, y el jornalero tiró escaleras arriba con la agilidad de un saltimbanqui y la resolución de un desesperado.

Atravesó las habitaciones desocupadas, cuyos muebles ardían en silencio, como víctimas propiciatorias á un Moloch ebanista, y gallardamente penetró en la alcoba de la millonaria.

Casi á tientas, porque no se veía de tanto humo, asfixiándose con aquel aire enrarecido, halló en un sillón, como muerta, á la pobre señora. Los criados pusieron en salvo como Dios les dió á entender, dejándola sola, enferma, inútil, en aquella tribulación de morir abrasada.

Gritó hasta quedar ronca, y sin fuerzas ya, perdió el conocimiento y cayó en el sillón como un fardo.

Al verla Agustín, la levantó en vilo con sus puños de gañán, y con ella á cuestras, fué á buscar salida. Pero una oleada de fuego le pegó en la cara con la fuerza de un bofetón y el escozor de un pinchazo; y el crujir ronco y seco de una viga le dió sudores de muerte, erizándole el cabello. Se detuvo, respiró cuanto podía, y cerrando los ojos y embistiendo á las llamas en un combate cuerpo á cuerpo, echó escaleras abajo, con el terror de un poseído, y se plantó en la calle con la millonaria en los brazos...

III

Al otro día, Agustín, con un calenturón enorme, deliraba en su catre de mendigo, arrojándose en una colcha asargada. Tenía un brazo en cabestrillo, y de cuando en cuando daba gritos incoherentes, decía palabras sin ilación, con un tono que daba miedo.

En el cuarto, velando al enfermo, estaban su mujer, el *compañero* González y la millonaria. Agustín volvió en sí, abrió los ojos y vió á los tres que le mi-

REPRESENTACIÓN DE LA ÓPERA «CARMEN»

EN LAS ARENAS DE BARCELONA

Fué un espectáculo nuevo en nuestra ciudad, y preciso es confesar que el ensayo ha tenido excelente éxito, confirmando los buenos resultados que en Beziers, en Nimes, en Orange y en otros puntos han dado las representaciones escénicas al aire libre y en locales que por su amplitud, condiciones acústicas, etc., parecían poco á propósito para la misma.

Precisa, sin embargo, para que el efecto se produzca, que se trate de obras de un género especial, que en ellas predomine el elemento pintoresco y que por su mismo argumento y por el desarrollo de su acción se amolden á un escenario y á una *mise en scene* muy distintos de los que estamos acostumbrados á ver en los teatros, y sobre todo que produzcan toda la ilusión á la luz del día, sin que para nada se note la ausencia de los especiales recursos á que tan bien se presta la luz artificial.

Tratándose de óperas, difícilmente podría encontrarse otra que mejor se ajustara á tales circunstancias que la bellísima *Carmen*, de Bizet. La acción de la misma pasa, como es sabido, en Sevilla; y con esto, dicho se está cuánto ha de ganar su representación en pleno día, en un local amplio, descubierto, en pleno sol, teniendo por fondo y por bambolinas el azul firmamento y moviéndose los personajes en un medio el más aproximado á la realidad.

Cierto que la combinación de los elementos de la naturaleza con los del arte ofrece no pocas dificultades y ha de resultar por fuerza deficiente; pero bien puede afirmarse que los artistas encargados de la parte decorativa de *Carmen* han sabido salvar, en lo posible, tales inconvenientes, presentando unas decoraciones que en general producen toda la ilusión deseada; mereciendo especial mención, desde este punto de vista, las de los actos primero, segundo y cuarto, que representan respectivamente una plazuela con la fábrica de tabacos de Sevilla y un cuartel; el patio de una posada, de admirable perspectiva, vigoroso colorido y elegante composición, y la plaza de toros de la citada capital andaluza, pintada con singular destreza.

Sirve de fondo á todo este decorado de primer término un gran telón en el que se ve la ciudad de Sevilla con su Giralda y su Torre del Oro.

El escenario que se dispuso en las Arenas de Barcelona tenía 28 metros de ancho por 12 de profundidad; en cuanto á las condiciones acústicas del circo taurino, resultaron excelentes; de manera que, cuando el público permanecía silencioso, apenas se perdía ningún detalle orquestal, y la voz de los cantantes, si bien llegaba al lado opuesto algo debilitada por la distancia, vibraba límpida al través de la atmósfera, ofreciendo un timbre mucho más agradable que en algunos teatros.

La ejecución de la ópera fué bastante buena. La orquesta, formada por cien profesores, estuvo hábilmente dirigida; los coros resultaron poco nutridos para que produjeran todo el efecto necesario, y los cantantes encargados de las principales partes fueron calurosamente aplaudidos en las piezas más culminantes.

A la mitad del cuarto acto interrumpióse la representación para dar lugar á la lidia de un toro, detalle que si pudo dar mayor color local al espectáculo, en cambio perjudicó á la parte artística del mismo, pues el contraste entre el *divino arte* y el *arte del toreo* había de resultar forzosamente lamentable. — R.



MATERNIDAD, boceto escultórico modelado por Alfredo Gilbert

raban ansiosamente. El *compañero* cayó sobre él con un discurso que ardía en un candil. Que por qué se metió en camisa de once varas; que se puso á la muerte por un rico; que debió mirar la vida de aperecho que estaba llevando. Y tanto y tanto le predicó, que de nuevo acudieron al pensamiento de Agustín los odios africanos y otra vez miró sombríamente á la millonaria, como arrepintiéndose de haberla salvado.

Pero la santa mujer, despojándose de lo que más preciaba, rindiendo su vanidad indómita ante aquel hombre pobretón, se arrodilló junto al catre diciendo:

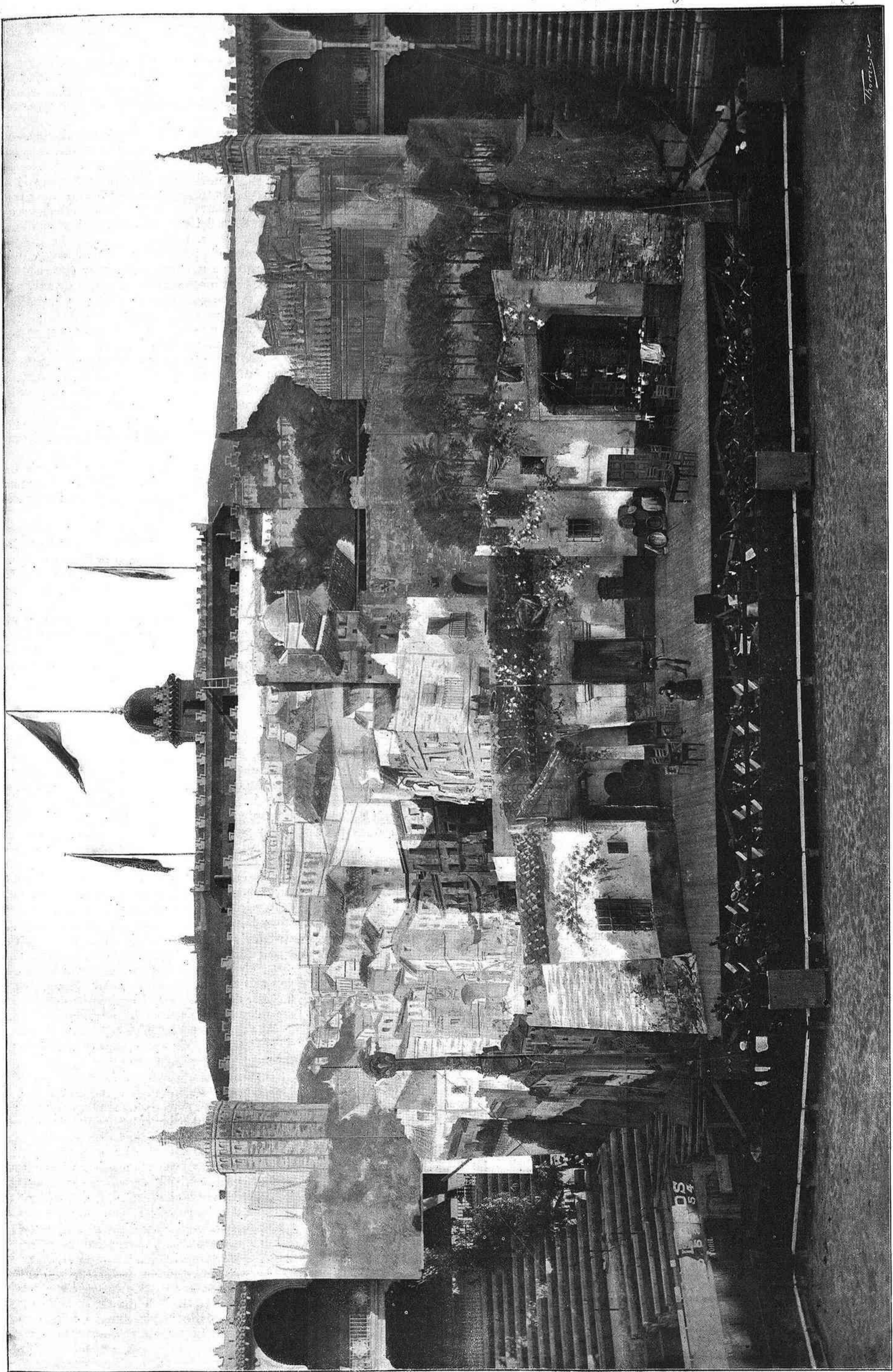
— Te debo la vida, Agustín. Después de Dios, tú serás el amo de mi casa.

Y entonces, incorporándose y extendiendo hacia González el brazo en cabestrillo, dijo el trabajador:

— Vete. Que si mi pensamiento es un loco, mi corazón «está en su sitio.» No, no me arrepiento. La salvé porque era mi obligación.

Y cuando la millonaria abrazó al jardinero, la colcha ráfaga del catre y el vestido lujoso de la dama se agitaron suavemente, como si se besaran con el amor de los amores. *Charitas*.

CRISTÓBAL DE CASTRO.



BARCELONA. — REPRESENTACIÓN DE LA ÓPERA DE BIZET «CARMEN» EN LAS ARENAS EL DÍA 24 DE OCTUBRE ÚLTIMO (de fotografía de F. Laureano)

LA TRAGEDIA DE ALBERTO

I

La miseria entró en aquella casa triunfante y atrevida, avasallándolo todo — como si todo fuera suyo, — sin retroceder una línea ante la enérgica actividad que desplegaba Alberto, para no sucumbir á los golpes rudos de implacable destino. Desde que Catalina murió, la alegría fué cosa desconocida para el desdichado. Hasta la vivaracha Rosa — hija única y sola ilusión de aquel infeliz — perdió su flexible agilidad de ángel y tornóse taciturna.

— ¿Por qué se han llevado á madre? ¿Quién se la ha llevado? ¿Dónde está? Yo quiero ir con madre...

Estas eran las únicas palabras que salían de boca de la angelical criatura que, rotas las alas, había caído con estrépito sobre la tierra, lago de amarguras inacabables.

No sabiendo qué contestar, Alberto había contado á la niña mil historias. «Madre estaba tomando baños; madre, encontrándose malita, había tenido que ir al campo. Allí se pondría buena y... volvería.»

Cuantos recursos le parecieron utilizables para tranquilizar el corazón de la pobre Rosa, fueron empleados por Alberto, que sentía desgarrarse el corazón al oír las preguntas de su inocente hija.

Cuando los males vienen, llegan atropellándose los unos á los otros, como si llevaran en sí una suma imperceptible de intención y se hubieran puesto de acuerdo para aniquilar al hombre más fuerte. A Alberto se le acabó el trabajo, única distracción de su triste vida, y tras de esta desgracia vino á paso rápido la miseria con su espantable cara y horrible aspecto. Los recursos que hubieran podido quedarle después de una temporada de laboriosidad y de suerte, los había agotado durante la larga dolencia de Catalina; así es que desde el momento en que cesó de trabajar, empezaron las privaciones sin cuento, los alaridos del hambre, las interminables noches de negruras y de pavorosos insomnios.

Salía en busca de trabajo y de pan, y pareciale el cielo menos claro, más fríos los rayos del sol y más indiferentes los hombres.

La pobre Rosa quedábase sola en casa, sentadita en un rincón, conversando afablemente con una muñeca de trapo — fabricada por ella misma, — única compañera de la infeliz muchacha. Charlotteaba, y las suaves y dulces inflexiones de su voz salían de su boca como gemido de ave que perdió el nido. Las conversaciones sostenidas con la compañera de trapo eran bien sencillas y reflejábanse en ellas vigorosamente la penuria reinante en la casa.

— Madre se ha ido y tarda mucho en volver. Cuando venga iremos á esperarla. Padre está triste, y desde que se fué madre me quiere menos, porque no me da tantos besos, ni me trae cosas buenas para comer.

Estas conversaciones sostenidas por Rosa con su muñeca fueron escuchadas, en más de una ocasión, por el infeliz Alberto, que llegaba al paroxismo de la desesperación y sentía desgarradas las entrañas. ¡Aquello era horrible, brutal, insoportable! Si había cometido durante su vida algún pecado, lo pagaba con creces. ¡Y la tierna Rosa, que vivía y crecía milagrosamente en el frío páramo, era el instrumento de tortura!

Muchas veces hizo el desgraciado examen de conciencia; pero por más que repasaba con la memoria toda su vida, no encontraba falta alguna por la cual fuera merecedor de tan inmenso castigo: él había sido bueno, era bueno, tenía intención de ser bueno siempre.

Tras la pasmosa actividad que desplegó al principio, vino la reposada pereza del enervamiento, la estéril y terrible resignación del agotamiento de energías, y el pobre Alberto pasábase horas y horas en actitud meditabunda, pero sin meditar ni pensar en nada, sin hacer otra cosa que saborear su amargura, y en esto, aunque casi resulta increíble, parecía experimentar un *doloroso placer*, porque estaba cierto de que la vida no se prolongaría mucho, y á fuer de buen hombre, tenía vaga esperanza en un algo infi-

nito que, por mucho que tardase en llegar, llegaría al fin.

En tales casos, sólo la voz de Rosa era capaz de sacarle de aquellas meditaciones, y cuando despertaba á la realidad era cuando salía á la calle vivamente herido, sintiendo dolorosas crispaciones de nervios al acordarse de que aquella criatura, tenien-



...el pobre Alberto pasábase horas y horas en actitud meditabunda

do derecho á vivir, no debía consumirse como él pensando en la agobiante desgracia. Y á la vuelta era portador de lo necesario para no morir, ó mejor dicho, para prolongar por más tiempo aquella agonía.

II

Un día salió Rosa de su cuarto en busca de otros niños con quienes hablar, cansada de que su confidente única — la muñeca de trapo — no le contestase. Recordaba que cuando su madre vivía salían á la plaza inmediata, donde jugaba con otras pequeñas.

La Casualidad, esa diosa protectora de los desheredados, hizo que en la misma escalera de la casa encontrase á una niña de su edad ataviada lujosamente. Si hubiera mirado al sol, no habría quedado Rosa tan deslumbrada. ¿Cómo iba aquella niña tan bien vestida? ¿Por qué ella, Rosa, no tenía unos vestiditos iguales, blancos, con adornos de encajes y cintas de color?.. Por primera vez en su vida sintió la pobre muchacha algo muy parecido á la vergüenza. ¡Oh! ¡Debía estar muy mal, horriblemente fea con los andrajos que llevaba puestos! Así, de improviso, revelóse en Rosa ese sentimiento innato en las mujeres que, empezando por ser deseo de pulcritud, degenera frecuentemente en coquetería. De aquel sentimiento instintivo nació otro, mil veces peor: la envidia.

Lo que más le llamó la atención de todo lo que veía fué una gran muñeca que la envidiable niña llevaba. Rosa no pudo resistir á la tentación de curiosidad y se aproximó cuanto pudo, con objeto de contemplar de cerca tal maravilla. Su asombro no tuvo límites. ¡Si parecía la muñeca una persona de verdad! ¡Tenía cara, ojos, narices! ¡Qué feliz debía ser la dueña de tan inestimable juguete! Con los ojos extremadamente abiertos, Rosa miraba á la niña y á la muñeca, y parecíanle tan lindas que no recordaba haber visto nunca maravilla semejante ni en sueños. ¡Qué diferencia entre la lujosa muñeca que contemplaba y su rebuño de trapo! ¡Qué diferencia entre la señorita y ella!.. Pero ¿por qué, vamos á ver, por qué? Rosa, no sabiendo á qué achacarlo, lo achacó á que la niña causa de su admiración debía tener madre, como ella la había tenido hacía tiempo y la volvería á tener... cuando volviera.

Yo no sé cómo, pero el caso fué que la conversación empezó, y que en aquel descanso de la escalera dió principio una amistad franca y pura; amistad de niños que nada saben de las intrincadas cuestiones

de clases y que se aman sin reservas de ningún género.

Por fortuna para Rosa, Consuelo no conocía el orgullo, y esto fué causa de que el tierno corazón de la desheredada no trocarse la naciente envidia en tremendo odio. Al contrario, todo lo que pudiera haber sido mala pasión se cambió en verdadera simpatía y vivísimo cariño, toda vez que Consuelo fué tan amable que hasta le permitió que jugase con la lujosa muñeca.

Rosa vaciló un poco antes de atreverse á tocarla; temía que pudieran mancharse los finísimos encajes del precioso vestido al contacto de sus manos; pero tras largas vacilaciones vino la confianza, y la muñeca, en los brazos de la pobre niña, recibió infinitas manifestaciones de ternura inmensa, ternura que se desbordaba del corazón de Rosa haciéndole sentir inefable placer.

Consuelo le preguntó que si tenía muñeca y Rosa contestó que no, poniéndose muy encarnada. Parecióle ridículo confesar el mal gusto de haber tenido tanto tiempo por confidente un vil y asqueroso trapajo.

Entraron en el recibimiento de la casa de Consuelo para continuar jugando, y Rosa tuvo ocasión de admirar otros juguetes superiores á la encantadora muñeca. De natural bueno, la desheredada chica hizo prodigios de prudencia, temiendo disgustar á su maravillosa amiga. Esto, unido al sello de bondad que la caracterizaba, hizo que Consuelo quedase prendada de ella, hasta el punto de exigirle que bajara todos los días.

Rosa subió á su habitación, que había dejado abierta, y al ver el muñeco de trapo que estaba sobre una silla, en un arranque de pueril indignación le arrojó al suelo murmurando:

— ¡Qué feísimo es!

Y el pobre lío de trapo rodó como ruedan las cosas que nos hastían, por buenas que nos hayan parecido en otro tiempo, y acabó por ser lanzado por la ventana, tirado con todo el vigor de que era capaz su ingrata dueña.

Y por la noche, después de haber devorado la escasa cena que á fuerza de grandes apuros logró llevar Alberto, Rosa recibió el acostumbrado beso paternal, se acostó y durmióse pensando en los bellós juguetes de Consuelo.

III

La amistad naciente entre las dos niñas fué agrandando, siendo más franca y más tierna cada día. Rosa observaba una puntualidad rigurosa, anhelando siempre con todas las fuerzas de su alma que llegase la tarde.

Desde aquel día se aseó más, lavándose mejor la cara y permaneciendo muy quieta cuando su padre la peinaba.

La dulzura de Rosa y la melancólica expresión de su lindo rostro le hizo simpática á la madre de Consuelo, bondadosa señora que tenía algo de santa.

Averiguó quién era Rosa y la situación en que vivía, y la compasión que experimentó al saber la verdad fué fecundo germen de tierno cariño, que le hizo sentir verdaderos deseos de proteger á aquella desgraciada. Viviendo con desahogo y no contando con más hija que Consuelo, bien podía, protegiendo á Rosa, dar á su hija una compañera que bien educada llegara á ser la más fiel servidora de la casa.

Me veo en la precisión de confesar que estas ideas de la madre de Consuelo eran inspiradas más por la caridad que por el egoísmo.

La señora mandó recado á Alberto, rogándole que fuese á visitarla.

Al entrar el desdichado en la casa vió en el recibimiento á Consuelo jugando con una gran muñeca, ante la cual se paró pensando en lo feliz que sería su pobre Rosa si pudiera tener otra igual.

La niña, que no conocía á Alberto, le contemplaba á distancia con verdadero asombro, no exento de temor, calculando que aquel hombre que con tanta atención miraba su juguete podría apoderarse de él y salir corriendo de la casa.

Por fin, entró Alberto en la habitación donde le esperaba la señora. La conversación, aunque llevada hábilmente por la madre de Consuelo, no dejó de torturar á Alberto. La proposición de que dejase allí á su Rosa, rodeada de lujo y de comodidades que él no podría darle nunca, aunque halagó su amor paternal, no dejó por esto de desgarrarle el corazón. La señora le parecía buena, muy buena y hablaba con abrumadora lógica.

— Nada de enojosas prohibiciones, había dicho; usted podrá venir á verla siempre que quiera, que no pretendo yo robarle el cariño de su hija.

Alberto, conmovido, acabó por decir que lo pen-

saría; que no tenía fuerzas bastantes para decidirse; que agradecía con toda el alma tanta bondad y generosidad tanta...

Al llegar á su casa encontr se el pobre hombre con el desahucio: le daban veinticuatro horas de tiempo para desalojar el ya desalojado piso que no había pagado en algunos meses.

Llam  a s  a Rosa y la sent  sobre sus rodillas, colm ndola de caricias con tanta efusión, que la niña no recordaba haber sido acariciada por su padre de aquel modo. Alberto tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse.

Después de cenar, Rosa se acost , quedando dormida al poco rato.

Alberto entró a contemplarla enternecido, y la tempestad de su corazón estall  entonces en amargos sollozos y en ardientes lágrimas.

Y arrodillado a la cabecera de la cama, llorando con suprema angustia mientras mord a históricamente su pañuelo, vió llegar el día.

Despert se Rosa, la vistió cuidadosamente y esper  hasta la tarde, pareciéndole aquellas horas tan breves como las horas de venturas de otro tiempo. Nuevamente sent  a la atolondrada niña sobre sus rodillas y la volvió a acariciar convulsivamente, apret ndola con fuerza sobre su pecho hasta hacerle daño, como si quisiera confundirse con ella en un abrazo de inmensa ternura, de delirante cariño.

Luego bajó la escalera despacio, muy despacio, y entró acompañado de Rosa en la casa, donde fué recibido en seguida.

Acced a a lo propuesto. All  quedaba Rosa, la hija de su corazón, ¡para siempre! El, probablemente no la vería en mucho tiempo, porque ahora que la dejaba bien, emprendería un viaje largo para ver si mejoraba de fortuna.

Bes , sin poder reprimir las lágrimas, la mano de la señora; hizo algunas recomendaciones a la niña, y luego, cogiéndola en brazos, estamp  en su boca un beso largo, muy largo, casi interminable.

Salió ahogándose de amargura, pensando en su desgracia, en aquella desgracia que ni le consentía tener hijos.

Ya en la calle, se quedó contemplando la casa largo rato, y emprendió la marcha con las manos enlazadas a la espalda, que se estrechaban nerviosa y furiosamente, como se estrujar an enemigos mortales con ánimo de triturarse.

Y así se alejó, como la sombra de la desesperación, resuelto a emprender ese viaje largo y misterioso del que no se vuelve jamás.

IV

Rosa, buena siempre, ha llegado a ser una mujer feliz. Pero todas las noches se acuerda con tristeza de aquel hombre mal vestido que una vez, cuando niña, la acarició tan apasionadamente que le hizo daño.

Y sin saber la causa y sin que nadie la obligue, reza por él todos los días.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

DIVERSIONES PELIGROSAS

 Leoncitos a mí?
 A m  leoncitos y a tales horas?
(CERVANTES)

El mayor mal de los males es tratar con animales, dice el refrán, y dice perfect sicamente, porque los animales, por domesticados que est n, se acuerdan, el día menos pensado, de que, en efecto, son animales y hacen una animalada.

En eso me fundo para ser enemigo declarado de las corridas de toros, y en lo mismo precisamente

para combatir, con todas mis fuerzas, las exhibiciones de fieras por los domadores. - Y cosa extra a: adversarios resueltos y obstinados de la *fiesta nacional* hay bastantes; pero los impugnadores del es-

hay algo de vistoso y de embriagador: la animación de la plaza, la habilidad y la destreza de los lidiadores, la variedad de las *suertes*..., y en la exhibición de un domador metido en una jaula con media docena de leones, solamente hay, all  en lo más hondo del espíritu de cada espectador, la vaga esperanza de que los alumnos que, una noche u otra, se han de comer al maestro, escojan aquella para realizarlo.

Y all  no hay defensa posible, ni huida fácil, ni destreza que valga; el león domesticado olvida por unos segundos su domesticidad y de un zarpazo destroza al domador. Aquella curiosidad insana que Eugenio Sue atribuye a uno de los personajes episódicos de su novela *El juicio errante*, personaje que sigue paso a paso y constantemente a un domador de fieras sólo con el firme propósito de presenciar el acto en que éstas devorasen a aquél; esa curiosidad y ese propósito que nos parecen brutales son, en puridad, los únicos atractivos del feroz espectáculo. Nos costará trabajo confes rnoslo a nosotros mismos, pero así en ese como en el espectáculo del gimnasta que hace ejercicios arriesgados a grande altura, con red o sin ella, mejor aún sin ella, el espectador apetece emociones y anhela que el audaz gimnasta se desnude para experimentar el placer de compadecerle y conmoverse un poco.

Prescindo, no obstante, por ahora, de ese aspecto de la cuestión, aspecto poco satisfactorio para nuestro amor propio y para nuestra pretensión de seres racionales, y sólo voy a tratar de ella desde el punto de vista de la seguridad personal y del público sosiego.

Eso de llevar, en jaulas de ordinario poco seguras y no muy resistentes, unos cuantos leones, algún tigreillo que otro, dos o tres panteras y otros bichos de la misma o de peor catadura, tiene sus inconvenientes, como la familiaridad con ciertas gentes de que nos habla una moraleja muy conocida.

No han transcurrido muchos años desde que, en Madrid, el famoso elefante *Pizarro* se salió tranquilamente del circo en el que su amo le hacía trabajar y fué a dar un paseo por la población. El buen proboscido nada hizo de malo, verdad es que a nadie encontr  en el camino, y sólo se comió todo el pan que habían hecho en una tahona de las inmediaciones; pero pudo antoj rsele andar a trompazos con los transeuntes y destrozar a un par de docenas de vecinos honrados o sin honra, que el elefante no había de haberse parado en tan poco.

De toros que se han escapado de la plaza, antes o después del encierro y aun durante la lidia, contarán y no acabaran las crónicas taurinas; y de leones escapados de sus jaulas, no digamos.

Aún recuerdo, y seguramente lo recordaran mejor en Valencia, el suceso que, hace muy pocos años, di  motivo para que *El Liberal* y otros periódicos diarios de Madrid publicasen telegramas concebidos, poco más poco menos, en los términos siguientes:

«PÁNICO EN VALENCIA. - Circo incendiado. - Dos leones en las calles. - Varios heridos. - A tiro limpio. - Haza a de Malleu. - Alarma indescriptible.»

Y bajo tan alarmante y llamativo epígrafe aparecía la narración del suceso, reducido a que a las diez y media de la noche anterior se había iniciado un incendio en el circo Feijóo, instalado provisionalmente en el real de la feria.

El circo, al decir del corresponsal, se hallaba instalado junto a la barraca donde el domador Malleu exhibía a la sazón dos hermosos leones.

Parece que en el momento de estallar el incendio, M. Malleu estaba precisamente haciendo a los leoncitos ejecutar varios trabajos. Asustados por las llamas escaparon los leones sin atender al domador, que trat  de sujetarlos, y mucho fue que no se lo comieron.

Menos mal que a causa de estar muy desahucado la noche había en la feria muy poca gente; si no, aquélla habría sido horrorosa.

Así y todo, resultaron heridos, contusos, sin contar con los síncopes de las señoras, síncopes y susto:



Vió en el recibimiento a Consuelo

pect culo de la exhibición de fieras son muy contados.

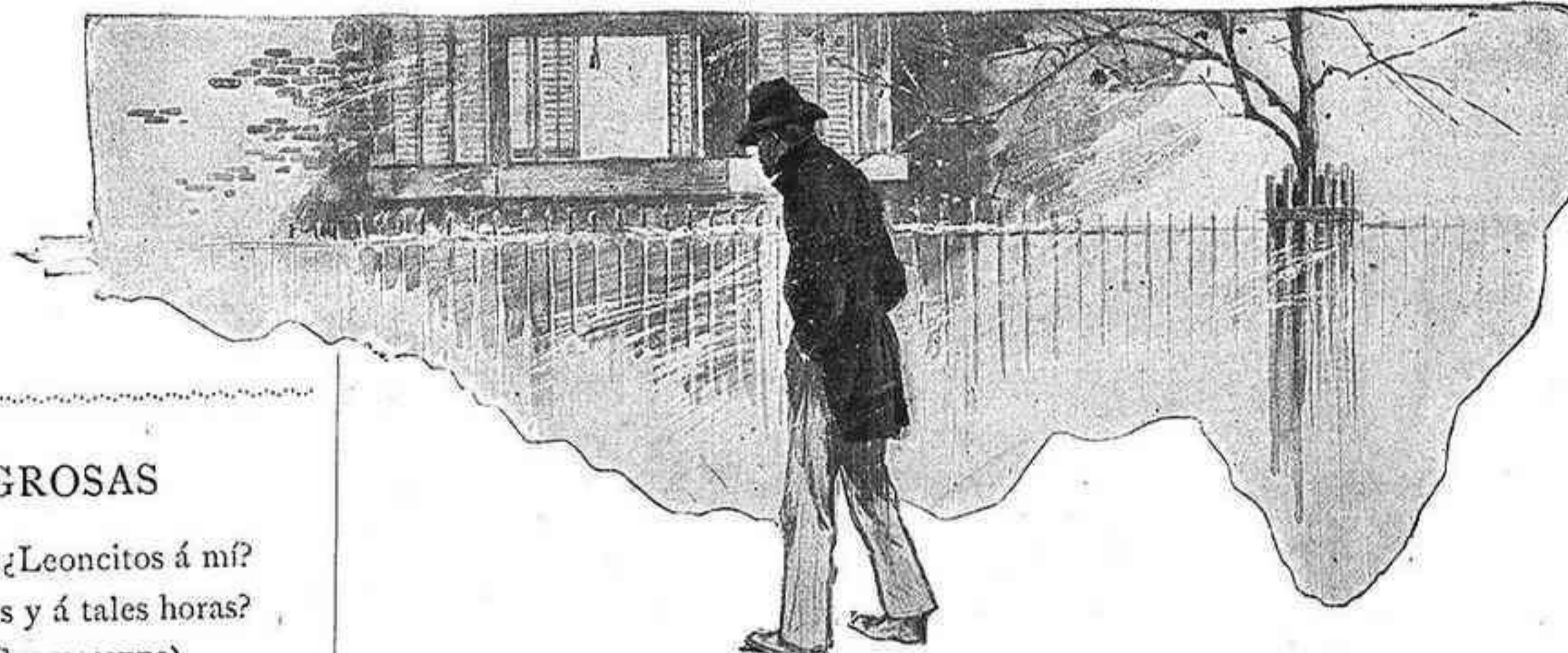
 Por qué?

No me lo explico.

Todas las razones que puedan aducirse para condenar como inmorales, como embrutecedoras nuestras corridas de toros, militan igualmente en contra del otro espectáculo y aún muchas más. - El lidiador en la plaza tiene menos probabilidades de perecer que el domador en la jaula de sus discípulos.

Para mí, lo declaro francamente, aun a riesgo de parecer pacato y pusilánime, cualquier diversión en que un mi prójimo se pone en riesgo y trance de romperse la crisma para solaz y entretenimiento del respetable público, es diversión salvaje; más claro: no es tal diversión, y sólo prueba que hay efectivamente en el hombre atavismos de bestia.

Al fin y a postre - y sin que esto sea abogar por



Ya en la calle, se quedó contemplando la casa largo rato...

las corridas de toros, de las cuales abomino con toda mi alma, - en la que denominamos

.... fiesta española que viene de prole en prole y ni el gobierno la abole, ni habrá nadie que la abola,



EL JUICIO DE PARIS, CUADRO DE B. KOCH

cuyas consecuencias no se advierten hasta mucho tiempo después.

Algunos guardias municipales y varios transeuntes hicieron disparos de revólver sobre las fieras; disparos que no mataron á las fieras, pero que pudieron matar á otros transeuntes.

Para alivio de penas, se escaparon también varios toros amaestrados que también se exhibían en el circo de Feijóo; y no se escaparon más fieras porque no había más en la casa.

Que los aficionados á impresiones hondas y duraderas, buscándolas en ese linaje de espectáculos, se hallen cuando menos lo esperen con esa emoción inesperada, puede pasar; por algo se dijo: «el que ama el peligro, en él perece;» pero que el vecino pacífico, de gustos más apacibles y de más modestas aspiraciones, cuando sale á solazarse un poco tal vez acompañando á su inofensiva mitad, quizás escoltando á sus hijos, se halle con la grata noticia de que por el mismo paseo vienen triscando unos cuantos leones y algunos toros amaestrados en libertad, es más de lo que puede y debe permitirse en un país civilizado y en una población culta.

No se había olvidado lo acaecido en Valencia, cuando algunos meses después se publicaba en los diarios de Madrid el siguiente telegrama de Zaragoza:

«UN LEÓN EN LA CALLE. — PÁNICO HORRIBLE.»

Se comprende lo del pánico. Al fin no somos todos D. Quijote de la Mancha, para decir como él: «¿Leoncitos á mí?»

La historia exactamente igual á la otra.

En la plaza de Salamero se exhibía una colección de fieras. (*Muy mal hecho y peor consentido.*)

Al obscurecer, durante la función, se salió un león de la jaula, produciendo el pánico consiguiente.

¡Ya lo creo!

La fiera salió á la plaza, que se hallaba llena de gente.

La cual gente no esperaba seguramente encontrarse con tan amable compañía.

«Las carreras, los sustos y los desmayos (contaba el corresponsal) fueron indescriptibles.»

«El león permaneció inmóvil mirando á la gente que corría presa de horrible pánico.»

Y pregunto yo y preguntará cualquiera: ¿es lícito producir esas alarmas al vecindario?

¿Puede tolerarse que, para divertir á cuatro docenas de personas de aficiones y gustos depravados, se halle toda una población en peligro permanente y en sobresalto perpetuo?

Lo que sucedió en Madrid varias veces, y en Valencia después, y después en Zaragoza, ocurrirá otras cien veces allí donde haya leones y elefantes y toros que, por cualquier accidente fortuito, puedan escaparse de su jaula.

Que el peligro no es imaginario los hechos lo demuestran; no se trata de aprensiones pueriles de la cobardía; se trata de temores fundados de la prudencia.

Si yo fuese autoridad, ¿y quién dice que no pueda serlo algún día?, ¡vive Dios! que no permitiría en mis dominios ese espectáculo del que ningún provecho se saca y pueden originarse muchas desgracias.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

VICENTE BELLINI

(CON MOTIVO DEL 100.º ANIVERSARIO DE SU NATALICIO)

El día 3 del actual se han cumplido 100 años del nacimiento del ilustre autor de *Norma* y de tantas otras bellísimas partituras que en todos los teatros del mundo se han cantado y que tanto han deleitado á los más diversos públicos. La dulzura y el sentimiento de las obras de Bellini han hallado siempre entusiasta acogida, porque hablan directamente al alma, y aun cuando hoy en día muchas de sus óperas han caído en el olvido y la escuela en que se inspiraron ha pasado de moda, todavía algunas figuran en el repertorio de las principales escenas líricas.

Vicente Bellini nació en Catania é hizo sus primeros estudios en el Conservatorio de Nápoles bajo la dirección de Zingarelli. Una cantata, *Ismene*, y dos óperas, *Adelson e Salvini* y *Bianca e Fernando*, estrenadas respectivamente en 1824 en el citado Conservatorio y en 1826 en el San Carlo de Nápoles, atrajeron la atención de los círculos musicales italianos sobre aquel joven compositor que al año siguiente debutó en la Scala de Milán con una ópera en tres actos, *Il Pirata*, que obtuvo un éxito grandioso.

Escribió luego *La Straniera*, *I Capuletti ed i Montecchi*, *La Sonámbula*, *Norma* y *Beatrice di Tenda*,

que no sólo acrecentaron la fama de su autor en su patria, sino que también en el extranjero hicieron célebre su nombre. Fuera de Rossini, ningún compositor había obtenido en Italia tantos y tan grandes triunfos.



VICENTE BELLINI

(con motivo del 100.º aniversario de su natalicio)

En 1834 trasladóse Bellini á París, en donde escribió *I Puritani*, que cantada por los primeros artistas de la época se estrenó en aquel mismo año, siendo puesta en escena con lujo y propiedad extraordinarios y obteniendo un éxito ruidosísimo.

Poco después, ó sea en 24 de septiembre de 1835, falleció en Puteaux, siendo llorado como artista por todos los músicos y amantes del divino arte y como hombre por los numerosos amigos que su carácter bondadoso le había conquistado.

Bellini ha creado infinitas bellezas; sus melodías purísimas, impregnadas de un sentimiento intenso, casi siempre melancólico, deleitan los oídos y penetran hasta lo más hondo del alma. Su música revela una personalidad eminente y constituye un género que muchos después quisieron imitar sin que ninguno llegara adonde él llegó. De haber vivido más tiempo, ¿quién duda de que el músico lírico y romántico habría acabado también por ser un verdadero dramático?

«Bellini — ha dicho Teófilo Gautier — es ante todo un músico de sentimiento y de inspiración, y más que ninguno ignora el arte de disimular, con la habilidad de las combinaciones y la complicación de los acompañamientos, la ausencia ó la debilidad de ideas.»

Con motivo del 100.º aniversario de su natalicio la ciudad de Catania ha celebrado grandes fiestas musicales, habiéndose representado las principales óperas del malogrado compositor. El director del Conservatorio de Palermo ha compuesto un himno dedicado á Bellini, y se ha colocado en la casa en donde nació éste una plancha conmemorativa. — R.

NUESTROS GRABADOS

Estudiando la lección, cuadro de José María Tamburini.—Nueva ocasión nos ofrece el inteligente pintor catalán Sr. Tamburini para aplaudir sus méritos y darle público testimonio de la consideración que nos merece. Ventajosamente conocido en el mundo del arte, nos ha cabido varias veces el grato placer de consignar en las páginas de esta Revista juicios y apreciaciones de las obras que nos ha sido dable reproducir. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención respecto del bellísimo lienzo titulado «Estudiando la lección,» ejecutado con la maestría y buen gusto que constituyen la característica de su autor, quien se manifiesta siempre culto y delicado por el concepto y hábil en la aplicación de los recursos que el arte le ofrece para expresar en forma galana su pensamiento.

Maternidad, boceto escultórico de Alfredo Gilbert.—El eminente escultor inglés Alfredo Gilbert, individuo de la Real Academia de Londres, pertenece al número de los artistas que no se satisfacen con las bellezas de forma: la pureza de la línea, la elegancia del contorno, la armonía de las proporciones, no son, en su concepto, elementos suficientes para la obra de arte; es preciso que todos estos factores de orden puramente material digan algo, que presida en la conjunción de los mismos una idea, que palpita en ellos un alma, por

decirlo así, que les dé vida y expresión y que sin presentar á los que la contemplan problemas abstrusos, le obliguen á pensar y á sentir. Como ejemplo práctico de su modo de ser en la esfera del arte, véase el boceto escultórico que en la página 732 reproducimos: en él la parte puramente plástica queda, hasta cierto punto, relegada en segundo término, sin que esto signifique descuido ó menosprecio de las reglas fundamentales; lo que en él predomina, lo que verdaderamente atrae y cautiva es el sentimiento que la anima. Esa madre, dolorida, postrada, consumida por la tristeza y el abatimiento, que tiene en su regazo á los dos pequeñuelos desnudos, produce en nuestro ánimo una emoción profunda, de esas que dejan huella, que no se olvidan fácilmente. Y cuando un artista consigue este efecto, cuando logra impresionar en tan alto grado, bien puede afirmarse que llena cumplidamente su elevada misión.

El juicio de Paris, cuadro de B. Koch.

Apurado se ha de ver el nuevo Paris para decidir cuál de las tres muchachas es la más hermosa; y en verdad que cualquiera, puesto en su lugar, se encontraría igualmente perplejo, porque cada una de aquéllas reúne cualidades sobradas para merecer el premio. Harto se adivina en la expresión del apuesto doncel la lucha que en su interior sostiene; más que digno de envidia resulta digno de compasión, no sólo por la dificultad que entraña resolver el arduo problema, sino, además, porque cuando haya dictado sentencia, cuando haya otorgado la codiciada manzana, las que no resulten favorecidas han de hacerle sentir en una ú otra forma el peso de su cólera y de su despecho. Las tres poseen igual empeño en obtener la victoria; todas han recurrido al bien provisto arsenal de sus femeniles encantos para rendir el corazón del mancebo. ¿Cuál triunfará? Aventurado es asegurarlo; sin embargo, ó mucho nos engañamos ó al fin la balanza ha de inclinarse á favor de la que, separada de sus compañeras, espera el fallo arrancando flores en actitud al parecer distraída é indiferente, pero en el fondo hábilmente estudiada para ostentar en toda su plenitud su belleza y su gracia seductoras. El cuadro del pintor muniquense Koch, á pesar de inspirarse en un pensamiento que ha servido de tema á grandes maestros de todos tiempos, resulta una composición de factura original y sobre todo altamente poética; las figuras, hábilmente trazadas y el jardín con sus frondosos árboles, sus lindas flores y su glorieta cubierta de enredaderas en el fondo, forman un conjunto agradable y acreditan el talento del artista.

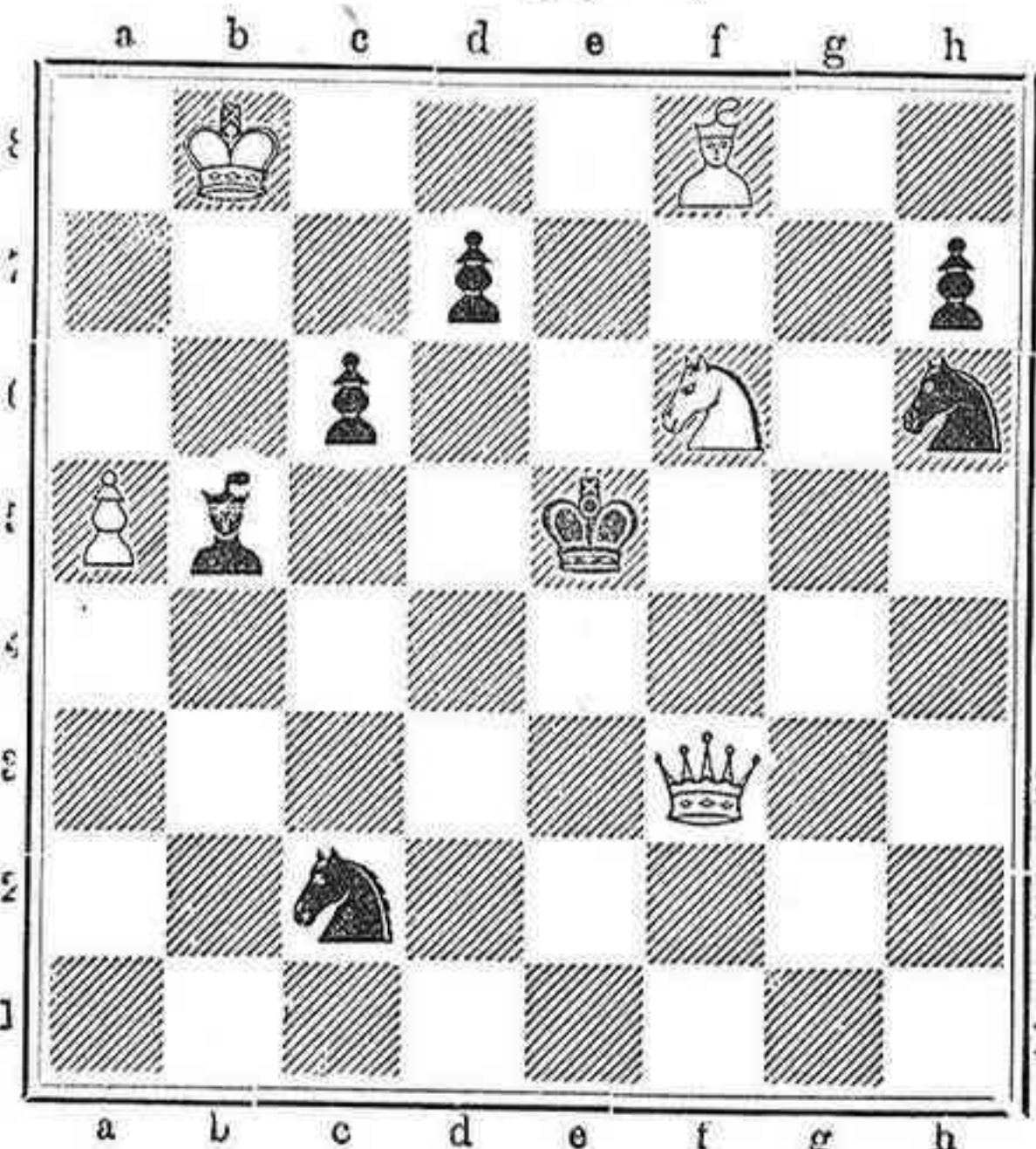
Campamento de reconcentrados boers en el Transvaal.

Si hubiésemos de dar crédito á lo que los diarios ingleses nos dicen y á lo que los periódicos ilustrados de la misma procedencia nos pintan, podríamos enviar á los reconcentrados boers que han sido arrancados de sus hogares y llevados á lejanos campamentos. ¡Aquello debe ser un paraíso ó una serie de paraísos! Véase, si no, el dibujo de la página 744, tomado de un croquis de un oficial inglés: allí las mujeres y muchachas transvaalenses coquetamente ataviadas, los buenos de los burghers bien trajeados y fumando tranquilamente sus pipas, y los deliciosos bebés, alegres, robustos y risueños, escuchan las tocatas de una banda militar que para su solaz y recreo hemos de suponer que funciona todos los días, ó por lo menos los jueves y domingos, como en ciertas capitales europeas. En todos los semblantes hállase impreso un aire de satisfacción, todos respiran salud, ninguno parece preocuparse de la guerra, todos bendicen á buen seguro á los ingleses que tantas venturas han llevado á las dos pequeñas repúblicas. Lo dicho: que le entran á uno ganas de hacerse reconcentrado. ¿Quién dice que aquellas gentes sufren privaciones? ¿Quién que en aquellos sitios imperan las enfermedades? ¿Quién que á millares mueren los niños? ¡Calumnias! Ahí está el croquis del señor oficial para desmentir todas estas paparruchas. Sin embargo, para fallar con perfecto conocimiento de causa, no estaría de más que de cuando en cuando publicasen esos periódicos ilustrados á que antes aludimos algún dibujo tomado de un croquis hecho con toda libertad por un oficial, ó aunque fuese por un soldado raso, boer; porque de lo contrario, algunos envidiosos de la fama de Inglaterra podrán con razón exclamar como el animal de la fábula: «¡No fué león el pintor!»

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 260, POR J. KESL.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 259, POR M. KARSTEDT.

- Blancas. 1. Dc2-a2
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. C, D ó T mate.



Teodoro, arrellanado en una butaca, leía un periódico...

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

Vivían juntos en aquella vasta casa, preocupados por ideas muy diferentes, pero que sin embargo no se separaban mucho, pues sin cesar estaban cuidando el uno del otro.

La luz blanquecina de un frío día de diciembre penetraba por las ventanas, y el reflejo de un ligero nevasco daba un particular encanto al chisporroteo del grueso tronco de haya que ardía en la chimenea. Teodoro, arrellanado en una butaca, leía un periódico; Mad. Benoist movía con rapidez los dedos haciendo buenos calcetines de lana para cuando su hijo fuese en marzo á ver las viñas, que estarían recientemente labradas.

— Teodoro, dijo clavándose una de las agujas bajo la cofia.

El joven levantó los ojos entorpecido y dominado por voluptuosa pereza.

— Parece que estás más contento que antes, hijo, prosiguió la anciana sin cesar en su trabajo. ¿Marcha todo como tú quieres?

Teodoro no pudo menos que sonreír, mientras su madre observaba atentamente su tranquila mirada.

— Como yo quiero, mamá, sería mucho decir, respondió; pues no sé bien lo que quiero, como no sea verte buena y alegre. Pero si te refieres á mis antiguas preocupaciones, diré que las cosas van mejor.

Un movimiento de satisfacción animó el semblante de la anciana, ya restablecida de los quebrantos que en su salud causara el verano. Con sus cabellos blancos bajo la cofia del mismo color y el suave matiz rosado de sus mejillas, aquella mujer parecía la verdadera personificación de la paz doméstica.

— ¿Has sabido por qué tu amigo adoptó tan fatal resolución? ¿No? ¿Y sin embargo, sientes complacencia en el alma? ¿Qué ha sucedido, pues?

— He reflexionado acerca de tus consejos, mamá, y me han parecido muy buenos; la persona que sabes, se ha dignado perdonarme mi necedad y mi malevolencia.

— ¡Ah! ¿Has hablado?..

— He vuelto á verla. Está cuidando á la tía de su marido, que no vivirá probablemente mucho tiempo. Las pobres han experimentado mayores sufrimientos de los que parece á primera vista. ¡Figúrate que se acusa á Mad. de Beaurand de haber dado muerte á su esposo! ¡Bien sé yo que eso es falso! Esta horrible calumnia es la que más ha influido para que se

operase en mí un cambio, pues ha hecho que me diera cuenta de que no era yo menos necio ni menos malvado que los demás. En fin, ya todo eso concluyó y me alegro.

— ¿Le has devuelto los papeles?

No atreviéndose á mentir, el joven hizo con la cabeza un movimiento que su madre interpretó como un signo afirmativo.

— Y ¿continúas sin saber nada?

— Nada.

Mad. Benoist trabajaba en su calceta con una energía extraordinaria.

— ¿No has pensado nunca, dijo á media voz, en que tu amigo, cuando mozo, acaso habría hecho promesas imprudentes á alguna mujer? Promesas de casarse... ú otras cualesquiera. He reflexionado muchas veces acerca de esto, y se me ha ocurrido si, altivo como era, no perdería la razón al ver que se le acusaba de no ser un hombre digno, y como una vez casado no podía volverse atrás... ¿No han surgido en tu imaginación estas ideas?

Teodoro se había levantado de un salto y recorría á grandes pasos el comedor, de uno á otro de sus extremos.

— ¡No! ¡Y me admira! ¡Esa es una explicación del hecho! Lo que resulta prodigioso es que seas tú quien haya tenido esa idea, mientras yo... ¡Pero en toda esta cuestión me he portado como un tonto! ¡Me he emperrado en no moverme de una opinión! ¡Mamá, eres la mujer más extraordinaria que conozco!

Entusiasmado el joven cogió entre sus manos la simpática cabeza de su madre y la dió varios besos en las mejillas. Luego se volvió al sillón que antes ocupaba, entregándose á profunda meditación.

— Seguramente, debes tener razón, dijo al cabo de algunos minutos. Pero yo solo no puedo dar un paso que reporte verdadera utilidad; necesitaría... ¡Y eso es imposible!

— ¿Qué?..

— Necesitaría encontrar en los papeles de Raimundo alguna pista que permitiese conocer su pasado... y cómo tener esos papeles?

— Pídeselos á su viuda, contestó con calma madame Benoist después de haberse puesto bien el peinado y la cofia que su hijo desordenara al besarla.

— ¿A ella?, preguntó Teodoro sorprendido.

— ¡Diantre! ¡Supongo que no te hallas en el caso

de robarlos! Me parece que es esa señora quien más interés ha de tener en que llegue á averiguarse la verdad.

Después de algunos instantes de silencio, la anciana dejó sobre sus rodillas la calceta que estaba haciendo y miró á su hijo.

— Lo que es yo, Teodoro, dijo, puedo asegurarte que si me hubiese ocurrido á mí una cosa como esa, no podría dormir de día ni de noche hasta que quedara todo puesto en claro.

— ¡No duermo tampoco mucho!, contestó tristemente Benoist.

— En ese caso, si eres su amigo debes desear proporcionarle la paz que tanto necesita. Más tarde, si simpatizáis ó no, recíprocamente, esa será cuestión, hijo mío, exclusiva entre ella y tú; pero tu deber de amigo, así del difunto capitán, como de su esposa, será siempre esclarecer la verdad.

— Tiene usted razón, madre mía, repuso el joven levantándose; así que no me necesite usted...

— Puedes marcharte desde ahora; me encuentro bien, y tengo muy poco que hacer. Pero óyeme, hijo: ya sabes que te quiero y deseo tu dicha. Si esa señora siente inclinación hacia ti, mejor para ella, puesto que eres un apuesto mozo y te portarás como es debido; pero soy una mujer honrada como lo fué mi madre y lo había sido antes mi abuela; en mi familia sólo ha habido hasta ahora mujeres de bien; y así, mientras subsista, espero en Dios que suceda. No quisiera, pues, que se señalase á tu esposa con el dedo y se dijese: «Esa ha sido causa de la muerte de su marido, y prueba de ello es que nunca ha llegado á saberse por qué aquél se mató.» Es preciso que se averigüe la causa del suicidio; si estaba loco, los médicos deben decirlo. En una palabra, hijo mío, poco me importa que se haya calumniado á la mujer con quien te cases, con tal que puedas probar que eran falsas las acusaciones que se la dirigieron. De no ser así, me causarías un gran disgusto, y por eso te digo antes que te marches: Busca... y encuentra.

— Te expresas como pudiera hacerlo la prudencia personificada, mamá, y te lo agradezco, dijo Teodoro besando la pequeña y rugosa mano de la anciana, que había vuelto á coger las agujas y parecía querer recobrar con presteza los minutos perdidos. Voy á poner manos á la obra.

Pocos días después, Benoist se presentaba en el

hotel Beaurand. Mad. Montclar, que se hallaba en un período de mejoría, le recibió con muestras de gran satisfacción.

La pobre anciana se encaminaba rápidamente hacia el sepulcro, pero apenas se daba cuenta de ello. El invierno la había devuelto cierto número de antiguos amigos, entre los que figuraban varias señoras de edad madura, independientes, y que por decirlo así vivían retiradas del mundo, quienes ponían sus costumbres por encima de todas las preocupaciones, y después de haber pasado durante veinte años todas las veladas ó parte de ellas, desde Navidad á Pascua de Resurrección, en casa de Mad. Montclar, no concebían que pudiera haber causa alguna bastante para impedir que continuasen haciendo lo mismo. Estas personas, pues, se limitaron á acoger á Estrella con una cortesía indiferente, procurando la joven hacerse simpática á cada una de ellas por algún medio discreto, lo que alegró en extremo á su tía por creerlo de feliz augurio.

La visita de Benoist, en lugar de atraer á la memoria de la anciana tristes recuerdos, como aquél temía, le produjo inmensa satisfacción, hasta el punto de que se apresuró á invitarle para que almorzase con ellas, en lo que el joven convino, esperando que así le sería más fácil tener con Mad. de Beaurand una entrevista en particular. Pero su proyecto resultó fallido, pues no pudiendo separarse casi un momento de Mad. Montclar, cuantas tentativas para hablarla á solas hizo Teodoro fueron inútiles; de manera que al marcharse tuvo que adoptar el partido de escribirla, solicitando verla á solas como deseaba.

La joven viuda ante esta conducta sintióse sorprendida y algo inquieta; sin embargo, le contestó señalándole un día y una hora en que abrigaba la seguridad de que Mad. Montclar había de permanecer largo rato conferenciando con su administrador.

Cuando bajó al saloncito del piso bajo, donde tres meses antes recibió á Benoist, el corazón de la joven latía con más violencia que de ordinario; aquella visita había tenido tanta importancia, había tan de pronto transformado el aspecto de su existencia, que al recordarla no podía menos que experimentar un estremecimiento de alegría. Ni el menor asomo de estas impresiones, salvo un poco de animación en las mejillas y en los ojos, se reflejaba no obstante en el rostro de la joven cuando Teodoro se adelantó hacia ella tendiéndole la mano.

Con pocas palabras el joven se excusó de lo que había hecho, demostrando que sólo había podido obligarle á ello un motivo muy grave.

—¿Ha averiguado usted algo?, preguntó la viuda sintiéndose en su interior dominada por vivísimo interés.

—No, pero mi madre me ha dicho que mi deber es investigar en todos sentidos.

—¿Su madre?., interrumpió Estrella. ¿Su madre ha tenido la bondad?.

—Mi madre aprecia á usted, señora, y la ama, como debe hacerlo todo espíritu justo que conozca la desgracia de usted...

Estrella bajó los ojos. ¡Qué divino rocío eran aquellas palabras para su lastimado corazón! ¡Había, pues, en el mundo una mujer de bien, que sin conocerla la amaba y la compadecía!.. Indudablemente, después que Benoist la hubo hecho justicia, debió explicarla...

—Mi madre ha sido, prosiguió el joven, quien se ha dado cuenta de la situación de usted, y debería decir en honor suyo que ella es también la que me ha abierto los ojos...

Estrella levantó suavemente la mano derecha para imponerle silencio; Teodoro obedeció, añadiendo luego:

—Lo que convendría y no me atrevo casi á pedirselo á usted, sería que me permitiese examinar si en los papeles antiguos de Raimundo, en las cartas de su juventud, encontráramos rastros de algún acontecimiento...

La joven le miró con fijeza, bajando luego los ojos profundamente absorta.

—Tiene usted razón, dijo después de algunos instantes de silencio. Voy á conducir á usted á sus habitaciones.

XXI

Mad. de Beaurand abrió la puerta de la vasta y sombría habitación donde Raimundo había ido á buscar la muerte. Todo en ella estaba lo mismo que el día en que ocurrió la catástrofe: los muebles, de encina barnizada, relucían sin que se viese en ellos la más ligera partícula de polvo; los candelabros tenían puestos aún las bujías; sobre la mesa ocupaban sus sitios de costumbre los objetos familiares... Benoist, al atravesar el umbral de aquella estancia fu-

neraria, sintió que su corazón se contraía violentamente; la sombra de su amigo parecía estar flotando sobre su cabeza en las penumbras del gran cielo raso tabicado. No obstante, penetró en la estancia, siguiendo á Estrella, quien había dado algunos pasos hacia la chimenea, cerca de la cual se detuvo con la vista fija en un baldosa del suelo, que se conocía fácilmente que había sido raspada.

—Aquí se manchó mi ropa, dijo en voz baja. Esa sangre estaba escrito que debía para siempre caer sobre mí, cuando bien sabe Dios que hubiera dado toda la mía...

La viuda no terminó la frase, y reprimiendo su emoción, se dirigió á un armario, abriéndolo con una llave que llevaba en uno de sus bolsillos y sacando de él otras dos ó tres que ofreció á Benoist.

—Haga usted lo que proyecta, caballero, le dijo. En este mueble y en el escritorio, creo que encontrará usted cuanto pueda darle alguna luz. Doy á usted de antemano las gracias y le esperaré arriba.

—¿Me deja usted?, preguntó Teodoro con cierta confusión, tomando al mismo tiempo las llaves. Su presencia aquí, hubiera sin embargo justificado...

—En las circunstancias en que nos encontramos, caballero, las conveniencias ordinarias están muy lejos de nosotros, que no podemos por nuestra parte exigirlos. Téngalo usted presente: estamos aquí usted, el amigo, y yo, la esposa del muerto, para buscar en su vida pasada una debilidad, un error que me permita sincerarme ante los hombres del crimen de que se me acusa. ¡Y sin embargo, bien sabe Dios que respeto tanto la memoria de Raimundo como usted mismol..

Estrella hizo con la mano un movimiento de tristeza y resignación á la vez, y se dirigió hacia la puerta de la estancia.

—Dispense usted..., dijo Benoist; no puedo abrir el escritorio; la llave no da vuelta.

La joven viuda penetró de nuevo en el gabinete, é inclinándose sobre el citado mueble, después de algún esfuerzo, hizo correr el pestillo, quedando abierto el cajón principal, cuyo aspecto revelaba bien claramente, en la colocación de los papeles y objetos que contenía y que fué respetada por Bolvín, el espíritu de orden que caracterizaba al difunto.

Cuando la joven se erguía exhalando un suspiro, sus ojos se fijaron en el marco de plata cincelada que había contenido su retrato, y que, vacío, ocupaba su sitio de costumbre; pues Miguel, antes de salir de la casa para pasar á ser guarda en las tierras propiedad de los Beaurand, lo colocó todo en su sitio, transmitiendo al criado que le substituía la severa consigna de que nada se tocara del puesto que ocupaba.

Estrella dió un paso atrás, casi horrorizada.

—¡Mi retrato!, exclamó con voz alterada. ¿Quién se ha llevado mi retrato?

Benoist no respondió. El recuerdo tanto tiempo olvidado de los trozos á medio quemar de la fotografía, acababa de acudir á su memoria, haciendo que se estremeciese ante la idea, que de pronto se presentaba en su imaginación, de que acaso después de todo se habría engañado y quizá Estrella no fuese inocente... Tales pensamientos pasaron por su cerebro rápidos como un relámpago.

—Raimundo tenía mi retrato sobre su escritorio; me lo había dicho cien veces. Habíamos comprado juntos el marco en la calle de la Paz, mientras elegíamos unas joyas; yo se lo regalé. ¿Quién ha podido llevarse la fotografía?

La joven dirigía á Teodoro una mirada llena de inquietud y de misteriosa angustia. El joven se avergonzó de sí mismo, comprendiendo que debía hablar.

—Antes de morir, dijo en voz muy baja, Raimundo lo había destruído; yo encontré algunos pedazos en el hogar.

—¡Caballero!, exclamó Estrella con voz ahogada y mirándole con expresión suplicante, ¿eso no puede ser!

—Es la verdad, contestó el joven tan conmovido como si acabase de pronunciar una sentencia de muerte.

La viuda se puso en las sienes las manos, que tenía heladas.

—¡Dios mío!, exclamó casi sin alientos. ¿Qué le dirían? ¡Qué infamia ha podido turbar su razón hasta el punto de que me infligiera semejante ultraje... á mí!.. ¡Ahl..

Vacilante, sin poder apenas sostenerse de pie, la joven se apoyó en uno de los brazos del sillón del despacho; Teodoro extendió los suyos para sostenerla, pero sin atreverse á tocarla. Estrella fijó en él sus grandes ojos negros, que expresaban en aquellos momentos una amargura muy parecida al terror.

—Diga usted, caballero, ¿qué es lo que han podi-

do escribirle? ¿Qué ha supuesto usted desde que no cree ya que soy yo?..

Teodoro la interrumpió, sintiéndose herido en lo más profundo del alma al oírle hablar con tanta sencillez, sin rencor ni indignación, del ultraje que se la infiriera.

—Señora, contestó con firmeza, desde que he abierto los ojos á la verdad, creo que mi amigo de Beaurand debió haber perdido el juicio para que causase á usted tan gran disgusto y le hiciese tan tremenda ofensa. Sólo un rapto súbito de locura puede explicar... y excusar su conducta.

Estrella, algo repuesta, dirigió una mirada al cajón entreabierto.

—¡Pobre Raimundo!, dijo algo tranquilizada y consolada por las palabras que acababa de oír; había quizá en su vida algún secreto... Investigue usted, caballero. ¡Quién sabe si tendremos que llorarle más aún cuando conozcamos la verdad!

Dicho esto, la joven salió de la estancia, saludando á Teodoro con un majestuoso movimiento de cabeza y cerrando tras sí la puerta sin hacer el menor ruido. El joven, que no había dejado un momento de mirarla; al verla desaparecer lanzó un suspiro: entre los pliegues de su traje de lana negra, parecía que Estrella se había llevado toda la claridad que reinaba en aquella sombría cámara mortuoria.

Con aire resuelto, los dientes apretados y una especie de cólera interior, Benoist examinó con el mayor detenimiento paquete por paquete, cajón por cajón; los pliegos más pequeños, los más insignificantes envoltorios fueron interrogados con más persistente atención aún que lo habían sido por Bolvín; la vida entera, puede decirse, de aquel desgraciado pasó por delante de los ojos de su amigo, que se mostraba atento é impersonal como un juez.

La luz del día iba desapareciendo: Benoist encendió una bujía de las que estaban puestas en un candelabro y prosiguió su tarea, hasta que por fin, cuando se convenció de que nada le había pasado inadvertido, cerró cuidadosamente los muebles, después de haberlo colocado todo en su sitio, y puso otra vez el candelabro sobre la repisa de la chimenea, donde estaba antes de que encendiera la bujía.

Entonces se fijaron con insistencia sus ojos en el retrato del general, sobre el que en aquellos instantes se reflejaba de lleno la luz.

Cien veces había visto aquel lienzo sin que nunca le llamase la atención de un modo tan particular: en aquellos momentos le atraía con ese encanto misterioso que los enigmas tienen. Seguramente fué la imagen del padre de Raimundo la que recibió la última mirada de éste, puesto que ante ella se había encontrado su cadáver. ¿Qué le diría aquel hombre condenado á muerte por sí mismo? ¿Sería un reproche, una frase de perdón ó un rezo lo que habían proferido sus labios antes de cerrarse para siempre? ¿Sabía el retrato por qué se mató el capitán? ¿Hubiera podido testimoniar acerca de la inocencia de Estrella?.. ¡Se trataba ahora de vengar debidamente la muerte del marido; era necesario preservar de la infamia el honor de la esposa!..

Benoist volvió á tomar el candelabro lleno de bujías y dió un paso atrás para ver mejor el retrato. Experimentaba una especie de fascinación contemplando aquellos ojos llenos de bondad y de firmeza y aquellos rasgos tan perfectos, que no por ser varoniles dejaban de tener cierta hermosura. Raimundo no tenía ni los ojos ni los cabellos iguales á los del general, y sin embargo se le parecía; pero no era la semejanza entre el padre y el hijo lo que llamaba la atención de Teodoro, sino algo inexplicable é inexplicable... ¡También el retrato en aquel lienzo había muerto en la flor de su edad, sin que nadie supiese qué mano le había herido!

—Este hombre ha debido ser irresistible, pensó Teodoro colocando definitivamente en su sitio el candelabro. Ese retrato posee un encanto que no he hallado en otros, otras veces no me había causado el mismo efecto que hoy. Ahora comprendo lo que quería expresar la tía de mi amigo al decir que el general se hacía adorar de todo el mundo... Son esos ojos los que á tal obligan...

Aquellos ojos negros, profundos y bondadosos, llenos de energía y de ternura, debían perseguir largo tiempo á Benoist, lo mismo en sus horas de trabajo que en las de sus ensueños...

Lleno el ánimo de impresiones extrañas, casi supersticiosas, salió el joven del gabinete, y subió la escalera en busca de Estrella.

Esta le esperaba tranquila en apariencia, pero en realidad devorada por la angustia. Al ver á Teodoro hizo un gesto interrogador tan rápido, que aquél apenas pudo notarlo.

—Nada, absolutamente nada, dijo el joven. Mad. de Beaurand no demostró la menor sorpre-

sa; pero en su hermoso rostro, que Benoist contemplaba con secreta emoción, pudo notarse su abatimiento.

— Ha realizado usted una tarea penosísima, que no sabría cómo recompensar á usted debidamente. Hay que renunciar á toda esperanza.

— Eso no es posible asegurarlo, contestó Benoist pensativo. ¿Conoce usted bien la vida del general de Beaurand?

— Muy poco. Raimundo le amaba con apasionamiento; pero ¡le perdió siendo tan joven!.

— Haga usted que Mad. Montclar le refiera todo lo que pueda decir acerca de la vida de su hermano; quizá de este modo descubramos algo.

El joven, que había permanecido de pie, se disponía á retirarse, cuando Estrella se le acercó, diciéndole en voz baja:

— ¡Mi retrato, mi pobre retrato!.. Me ha causado una pena indecible... No había vuelto á entrar en ese gabinete..., no porque tenga miedo, pues desconozco esos pueriles terrores, sino porque me retenía algo que no puedo explicarme... ¿Cree usted, pues, que Raimundo ha muerto maldiciéndome?

— No, exclamó Benoist á pesar suyo hasta cierto punto. ¡No puedo creer eso! Raimundo conocía á usted, la apreciaba... y no se cambia tan fácilmente de opinión en un minuto.

— Sin embargo, lo rasgó, lo aniquiló...

— Acaso lo hizo para que nadie pudiese tocarlo después de él, contestó Benoist, sin saber bien lo que decía.

La explicación no era muy satisfactoria; no obstante, apaciguó un poco la angustia de Estrella, que en aquellos momentos, abatida por tan larga ansiedad, se hallaba en estado de dejarse fácilmente convencer por cualquier razonamiento. La joven tendió la mano á su ex enemigo y fiel aliado ahora, y le dejó partir sin otra frase alguna de despedida.

Antes de dirigirse en busca de su tía, sintióse tentada de ir á su vez á practicar un registro en los cajones del escritorio de Raimundo... Pero ¿qué? ¿Acaso Benoist no lo había examinado todo detenidamente? Había puesto en su enemigo de la víspera una tan inexplicable y profunda fe, que decidió fiarse de él en absoluto.

Benoist después del escrupuloso registro que acababa de hacer, no estaba menos trastornado que la joven... Mientras respiraba el aire húmedo y frío del boulevard Saint-Germain parecía que resonaban aún en su cerebro girones de frases, pronuncias por la voz de Raimundo unas veces y por la de Estrella otras, persiguiéndole hasta tal punto el recuerdo de los ojos del general, que en dos ocasiones creyó verlos en los rostros de otros tantos transeuntes que con él se cruzaron. La tercera vez que esto le ocurrió se detuvo de pronto bajo un reverbero: una mujer pobremente vestida, ajada, de esas que puede decirse que no tienen edad, en un portal con una cesta llena de ramos de violetas imploraba la piedad de los que por allí discurrían, con unos ojos negros y sombríos tan parecidos á los del retrato...

«¡Estoy alucinado!, pensó el joven. Si esto continuase, creo que también mi cerebro enfermaría!»

XXII

Mad. Montclar apenas salía de su casa. El aire frío de la calle molestaba en extremo sus órganos, que habían adquirido una sensibilidad morbosa tal, que los médicos al efecto consultados aconsejaron que se le proporcionase en el interior de las habitaciones un aire tan puro y con tanta frecuencia renovado como fuese posible, sin exponerla á los rigores del invierno. La anciana, pues, vivía en una atmósfera ficticia, lo mismo física que moralmente; pues en esta parte, su sobrina, á fuerza de atenciones y delicadezas, había reunido en torno suyo un grupo de viejos tertulianos, de antiguos comensales de la casa, que en rigor la mantenían la ilusión de que vivía en sociedad. La pobre señora, cada vez más debilitada, no necesitaba otra cosa para ir extinguiéndose paulatinamente y sin sacudidas.

Los restos de la que había sido flor de las buenas relaciones parisienses de Mad. Montclar, no se mostraban con respecto á Estrella ni fríos ni cordiales: la aceptaban como un elemento integrante del hotel. La joven no les molestaba en sus conversaciones, ni interrumpía sus partidas de wist; el te ó el blando mazapán del chocolate eran muy aceptables servidos por sus hermosas y delicadas manos; así es que al darle las gracias, no se le escatimaban tampoco las sonrisas. Algunos caballeros, de los que á pesar de su edad no habían en absoluto abdicado de toda pretensión, la hubieran hecho algo la corte de muy buena gana, si la malhadada leyenda que acerca de Estrella existía no hubiese echado sobre sus aspira-

ciones una especie de fina gasa que les desconcertaba un tanto.

No ignoraba Estrella que ninguno de aquellos amables caballeros ni de aquellas corteses damas tendría para ella una frase, no ya de bondad, sino ni siquiera de compasión, desde el instante en que perdiese á su tía; estaba convencida de que aquel grupo de amigos y amigas, algo gorriones y muy egoístas, se dispersarían en un momento, como una bandada de pájaros, el día en que dejase de estar puesta la mesa para ellos; pero se guardaba muy bien de hacer á Mad. Montclar la menor observación sobre este punto; antes al contrario, alababa en todas las ocasiones que le parecían propicias el buen humor y la finura de sus tertulianos, deseosa sobre todo como estaba de mantener hasta el fin á la anciana en cuantas agradables ilusiones que de ella dependiese proporcionarle.

— No estarás del todo sola cuando yo no exista, hija mía, le dijo Mad. Montclar en una ocasión; te legaré mis amigos, que antes que á su vez desaparezcán del mundo, te ayudarán á formar otros. Todos no son tan malévolos como esos pécoras de Saint-Aubin. Ve, si no, á M. Benoist. ¿No hemos hallado en él un verdadero amigo?

— Y tenemos además por amiga á su madre, repuso Estrella, ansiosa de complacer á su tía.

— ¿Su madre? ¿Tiene aún madre? ¡Ah, sí, una buena mujer que cuida de su viñal; ya recuerdo... Ese hombre no es de familia aristocrática, pero está muy bien educado. ¡No hay como Saint-Cyr, indudablemente, para desenvolver á un mozol Raimundo le apreciaba mucho, muchísimo. ¿Qué hace ahora? Me parece que se dedica á la química; me habló de abonos. Nada de eso entiendo, después de todo... ¿Qué hay para comer esta noche?

Estrella contestó á todas las preguntas que la anciana le hizo, pero su pensamiento estaba muy lejos de lo que le decía. El modo como Mad. Montclar acababa de expresarse con respecto á Benoist había herido gravemente una fibra de su corazón que hasta entonces no había conocido que existiese en él; el tono protector y algo desdeñoso empleado por su tía al hablar del viticultor y de su madre, la había estremecido como si se hubiese tratado de ella misma. Hasta entonces no había visto en Teodoro más que al hombre moral que había sido su juez y era ahora su aliado y siempre el amigo de Raimundo; de repente se dió cuenta de que aquel joven tenía también una vida social, ocupaciones, amigos, parientes, en los que nunca había pensado. Indudablemente Benoist era un apellido plebeyo, y una ciencia moderna la química; pero ¿quitaba esto algún mérito al que se esforzaba por ser útil?

Estrella no había tenido nunca preocupaciones aristocráticas; su madre, que pertenecía á la nobleza, se casó con un sencillo hombre del pueblo; madame de Polrey no profesaba acerca de esto ningún parecer, salvo una perfecta sumisión á las conveniencias sociales; de aquí que la joven se hubiese hecho á sí misma pequeñas consideraciones filosóficas acerca de este punto, al ver en el colegio los apellidos y los orígenes más diversos, crearse iguales amistades y obtener las mismas recompensas. La forma en que Mad. Montclar había clasificado á Benoist, en un grado inferior al suyo, pareció á la joven monstruosamente injusta, levantando en su interior cierto movimiento de protesta.

Su bondadoso corazón y su criterio no tardaron en demostrarle que al expresarse la anciana de aquel modo, no la impulsaba ninguna intención maliciosa. El cariño de la joven hacia aquella no sufrió, por tanto, en lo más mínimo, pero en su interior sintióse animada de un gran deseo de desagrar á la víctima inconsciente de esta pequeña é ignorada humillación, encontrándose con que de pronto se había acrecentado el afecto que al joven profesaba.

Mad. Montclar había invitado á Benoist para que asistiese á sus tertulias cuando mejor le pareciera. El joven se presentó en ella un domingo; pero se sintió tan completamente extraño á las personas que le rodeaban, que al poco rato hallóse molesto y disgustado. Estrella fué á sentarse junto á él para conversar; pero notando que le miraban, se cubrió de ardiente rubor el rostro varonil del teniente. ¿Había revelado con alguna imprudencia el secreto que no se atrevía á confesarse á sí mismo? Aquellos seres fríos, indiferentes si no hostiles, ¿habrían notado que amaba locamente á la viuda de Raimundo de Beaurand?

Esta idea llegó á hacersele tan intolerable, que le turbó por completo, con gran extrañeza de Estrella, que al ver que apenas contestaba á lo que le decía, le miraba sorprendida. Teodoro, alegando el pretexto de que le esperaban para un asunto urgente, no tardó en despedirse y salir del hotel.

La turbación de Benoist era indescriptible. Desde que había hecho las paces con Estrella y consigo mismo, y sobre todo desde que su madre le habló con entera confianza, había dejado aletargar las preocupaciones que antes dominaran su alma, apoderándose de él una especie de pereza moral, que hizo que se amortiguaran los pensamientos molestos y las inquietudes que producen el insomnio, y permitió que llevase una vida en cierto modo indiferente, conformándose con lo que las circunstancias por sí mismas le deparaban.

En toda pasión, como en las tempestades, se presentan períodos de calma en los que parece haber terminado la furia del huracán; cuando éstos llegan, no nos acordamos ya de las inquietudes que poco antes nos devoraron; los más crueles disgustos, los escrúpulos de conciencia más agudos, se apaciguan, hasta el punto de que pudiera llegar á creerse que no existieron jamás. En uno de estos períodos vivía Benoist de algunos meses á aquella parte, habiéndole de pronto lanzado otra vez en un mar de dolorosas perplejidades las curiosas miradas de algunas de las damas de edad madura que en la tertulia de madame Montclar se hallaban.

Desde el primer momento y ante todo, juzgaba el ex militar que era preciso ocultar cuidadosamente el amor absurdo, insensato, que sentía. Cuando, cegada por su amor de madre, Mad. Benoist llegó á hablarle de posible casamiento, en el primer instante le pareció al joven muy natural aquella idea; pero después, ya en el hotel de Beaurand, Estrella apareció á sus ojos con un aspecto muy distinto.

Una especie de estremecimiento instintivo y secreto le había hecho muchas veces rechazar semejante amor. La viuda de Raimundo debía ser sagrada para él. ¿No constituía acaso una especie de sacrilegio amar á la esposa de su amigo, cuando su viudez databa de tan poco tiempo? ¿Qué pensaría Estrella si supiese que la había amado desde que ocurrió la catástrofe, aun en aquellos días en que la consideraba culpable? ¿No sentiría verdadera indignación? Más adelante, sí..., sería diferente..., y aun de todos modos era preciso que, observando la condición expresa que le impuso su madre, pudiese llevar á los Pressoirs una mujer purificada de toda sospecha.

Penetrando más aún en el fondo de sus sentimientos, reconoció entonces por primera vez Teodoro que sus prevenciones contra Estrella no habían sido dictadas, como creía, por un concurso de circunstancias desagradables y por su amistad hacia su antiguo compañero de armas, sino más bien por una especie de celos, por un instinto de cólera y de rencor, originado indudablemente por un amor inconsciente é inconfesable hacia la que había elegido á Raimundo por esposo.

«La he amado siempre — se dijo. — Si Beaurand hubiese vivido, mi odio hubiese sido para ella tanto como amor profesase á Raimundo... Pero no le amaba...»

Una especie de fulgor divino penetró en las sombras en que se agitaba la conciencia del joven. Estrella no había amado á Raimundo; este mismo se lo había confesado, y el destino quería que permaneciese viuda y virgen, con el alma pura, sin recuerdos, sin remordimientos, inocente y calumniada, pero libre de elegir al que supiese conquistar su corazón...

La imagen de Estrella se presentó en su imaginación con una pureza inmaculada, como la Virgen aparecía á los ojos de los santos del desierto. Conmovido hasta lo más profundo de su alma, le faltó poco para que cruzara sus manos ante aquella fantástica y encantadora imagen, y le pidiera perdón por tantos errores y tantas ofensas, así por las de que tenía noticia la joven viuda, como por las que ni siquiera había sospechado.

Una idea completamente nueva para él surgió de pronto en su mente. Hasta entonces sólo había visto en Raimundo una víctima; por primera vez se le ocurrió si podría ser también que el desgraciado fuese culpable. Al desaparecer bruscamente de la escena del mundo, el capitán se había abstraído á una multitud de deberes, entre los que figuraba ante todos el de asegurar una posición digna á su esposa, la locura únicamente hubiera excusado por completo su conducta; pero no estaba loco, nunca se mostró en sus raciocinios y en su lenguaje tan dueño de sí mismo como en la última conversación que los dos tuvieron.

En el corazón de Benoist surgió poco á poco una cólera sorda y profunda. Su amigo había faltado á la amistad, al amor y al honor, no dejando tras sí una sola palabra que pudiese explicar su desaparición de este mundo; había obrado como un cobarde..., un cobarde...

(Continuará)

CHINA. - LOS MANDARINES

Si fuese cierto todo lo que últimamente se ha escrito acerca del mandarinato chino, la primera y más importante medida que debiera adoptarse para reorganizar el Celeste Imperio habría de ser recomendar al emperador que sin formación de causa ahorcara á todos los mandarines. En Europa se considera al mandarín como el prototipo de la venalidad, de la



El príncipe Tung

ruindad y de la pereza, como corrompido funcionario que necesariamente ha de causar la ruina de aquel Estado.

De ser esto verdad, la China hace tiempo que no existiría, porque el mandarinato de hoy es el mismo de hace miles de años, á pesar de lo cual China durante todos estos siglos ha sido el imperio más grande y más poblado del mundo, dotado de gran riqueza y de vasto comercio, con una civilización propia que le ha colocado por encima de otros muchos pueblos.

En China el espíritu aristocrático y de casta no es un espíritu cerrado; el pueblo es esencialmente democrático, y todo el que tiene aptitudes y conocimientos puede llegar á las más altas dignidades. Para ello se requiere haber estudiado los clásicos, tener un buen carácter de letra elegante y un buen estilo y conocer las antiguas doctrinas de Confucio, cuyo espíritu preside todavía el modo de ser del Estado chino.

Para ocupar cualquier cargo, es preciso sufrir un examen que se verifica, según los casos, en los distritos locales, en las capitales de provincia ó en Pekín, á veces en presencia del mismo emperador; y el que sale bien de esta prueba adquiere la capacidad para ser funcionario, siendo tanto mayores las probabilidades de que alcance un empleo, cuanto mejor haya sido el resultado de sus exámenes.

Ningún chino puede ser funcionario en el distrito de donde es hijo; y para evitar el favoritismo, ningún empleado puede contar entre sus subordinados á un pariente suyo, así como no pueden ser tampoco parientes los empleados de los distintos distritos de una misma provincia, ni casarse un empleado con mujer del territorio de su jurisdicción.

La autoridad suprema en el Imperio chino es el Gran Secretariado, compuesto de cuatro grandes secretarios, pero sus atribuciones y su influencia son menores que las de los miembros del Tchun-Tchi-Tchu, ó sea Consejo del Imperio. Consta éste de cinco mandarines de primera clase, presididos generalmente por un príncipe imperial, y casi todos ellos ancianos á quienes de seguro vendrá pésimamente el tener que discutir á menudo los negocios de Estado en presencia del emperador á las tres de la madrugada. Los asuntos que trata el Gran Secretariado pasan después á uno de los seis ministerios ó al fa-

moso Tsung-li-Yamen, si pertenecen á la clase de los internacionales.

Los mandarines chinos se dividen en nueve categorías que se distinguen entre sí por determinados privilegios y emolumentos y exteriormente por los botones del tamaño de un huevo que ostentan en los sombreros y por los animales que llevan bordados en los delanteros y espaldas de sus túnicas. El mandarín en general lleva el nombre de Pe-Kuan, es decir, «las cien obligaciones»; los mandarines de la primera clase se denominan Tai-fu y los de la última Kuang-fu. El nombre mandarín es de origen portugués y desconocido entre los chinos.

Los emolumentos nominales de los funcionarios públicos no son pequeños, y algunos de ellos son muy superiores á los que se pagan en los Estados europeos. El virrey de una provincia, por ejemplo, cobra 20.000 taels anuales (el tael equivale á unas 3'75 pesetas), el gobernador 16.000, el tesorero provincial 9.000, el juez provincial 6.000, un prefecto 3.000, un magistrado de distrito de 800 á 2.000, un comandante de provincia 4.000, un general 2.400, un coronel 1.300, y así sucesivamente hasta llegar á los empleados de ínfima categoría que cobran 130. Si estos sueldos los percibieran desde luego, podrían los mandarines vivir perfectamente y no necesitarían recurrir á otras fuentes de ingresos; pero como á veces se pasan años en espera de un destino y por ser gentes con títulos literarios no pueden dedicarse al comercio ni á trabajos manuales, de aquí que hayan de contraer deudas á cuenta de sus pagas futuras, con la agravante de que una vez conseguido un empleo sólo pueden desempeñarlo tres años, pues así lo disponen las leyes, á fin de evitar que los funcionarios se dejen influir por consideraciones de amistad ó parentesco.

Además, mientras desempeñan su cargo, no les es posible disponer para sí solos de su sueldo, ya que con él han de mantener á una legión de secretarios, escribientes y criados que el Estado no paga y á quienes los chinos dan, no sin razón, el nombre de «garras» de sus jefes.

El mandarín en su distrito no es solamente representante del gobierno; es también jefe de policía, juez, recaudador de contribuciones, oficial del estado civil y notario, acumulándose en sus manos todas las ramas de la administración. Su principal deber consiste en mantener el orden y la tranquilidad, percibir los impuestos y procurar que los espías del gobierno, los censores ó el mismo pueblo no den cuenta á sus superiores jerárquicos de los abusos ó extralimitaciones que cometa. Si consigue esto, puede esperar confiadamente un ascenso terminados los tres años de su cargo.

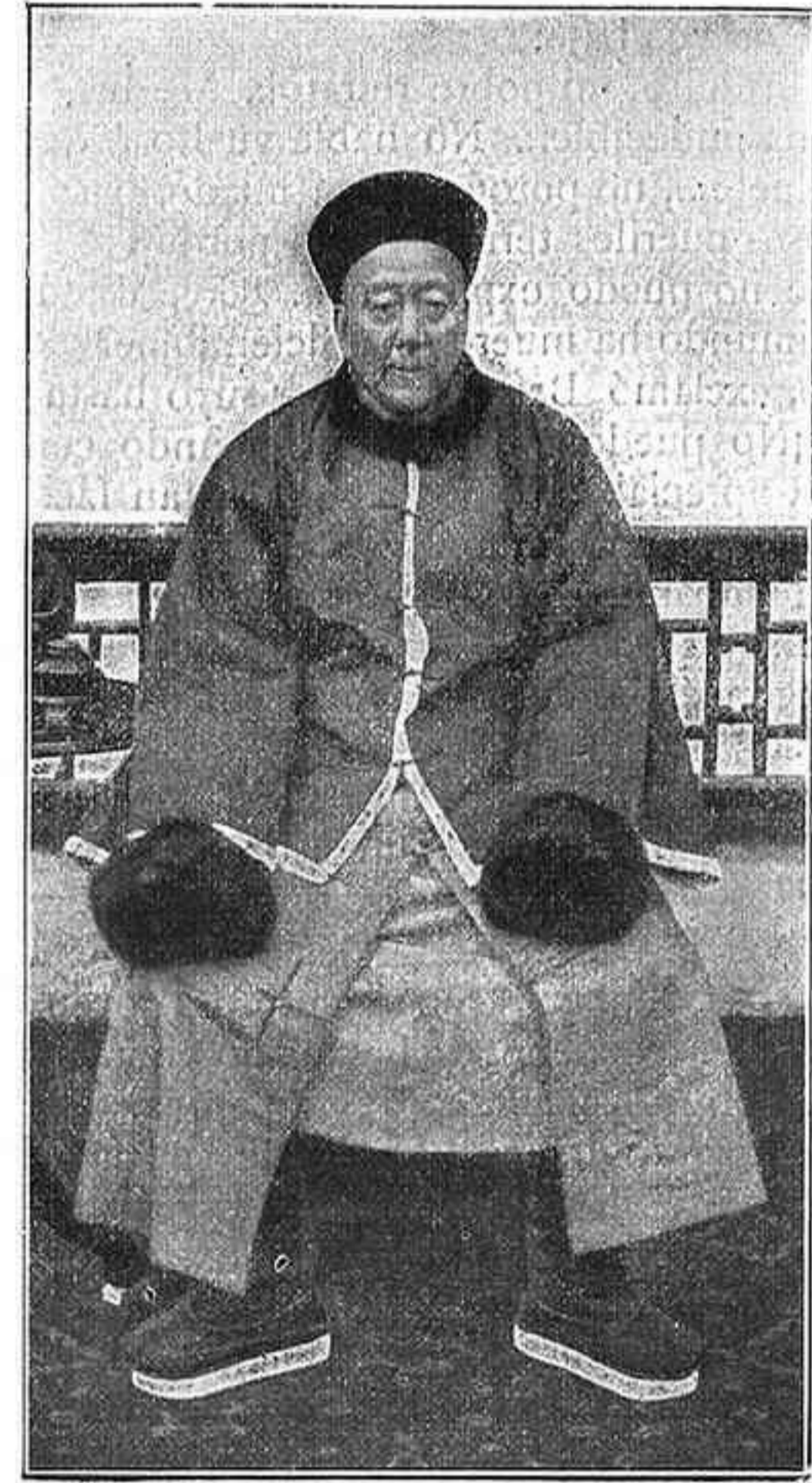
El mandarín puede sacarle al pueblo más de lo que está obligado á pagar por virtud de la ley, y los chinos no oponen á ello resistencia alguna, porque saben que el resistir á los funcionarios del gobierno, siempre cuesta dinero, obliga á perder tiempo en informaciones y puede ser causa de nuevas extorsiones y hasta de motines, todo lo cual les significa pérdidas mucho mayores que las mismas exacciones ilegales. Por su parte, el mandarín no lleva sus abusos á un límite extremo, porque si sus administrados se querellan ante su superior jerárquico, la multa que éste le

imponga puede ser muy superior á lo que haya podido cobrar indebidamente; y hasta puede suceder que el mejor día la población de un distrito le saque solemnemente de su yamen y lo lleve en palanquín fuera de las puertas de la ciudad, en cual caso el gobierno, que ante todo quiere la tranquilidad, suele dar siempre la razón al pueblo y nombrar otro en substitución del mandarín expulsado.

Si el mandarín no se extralimita en sus abusos, el gobierno hace la vista gorda porque sabe que con la paga que tiene no puede aquél atender á sus necesidades y porque, además, también de sus abusos se aprovecha directamente en cuanto la recaudación de los contribuciones es mayor, é indirectamente por el hecho de que á los mandarines de alta categoría llega una parte de las rapiñas de los de categoría inferior. El sinólogo Helcombe refiere haberle dicho un elevado diplomático chino que no podía obtener una audiencia en Pekín si no la compraba con valiosos regalos: en su primera entrevista con un príncipe imperial, su secretario llevaba cien onzas de plata que entregó al oficial de la casa de dicho príncipe. El propio autor vió en cierta ocasión en una joyería

cien bandejas de laca forradas de seda, cada una de las cuales tenía diez pequeños compartimientos destinados á otras tantas barras de diez onzas de peso. Aquellas bandejas habían sido encargadas por un mandarín que quería llenarlas con 10.000 onzas de plata y regalárselas á un príncipe imperial. Los regalos conservan las amistades, y hasta en China con dinero se consigue mucho, los cargos de mandarín inclusive.

A nadie sorprenderá que en el Celeste Imperio se compren los títulos, las dignidades, las plumas de pavo real y demás honores y distinciones. También los chinos son vanidosos y hay un gran número de gentes ricas á quienes el emperador ha conferido el

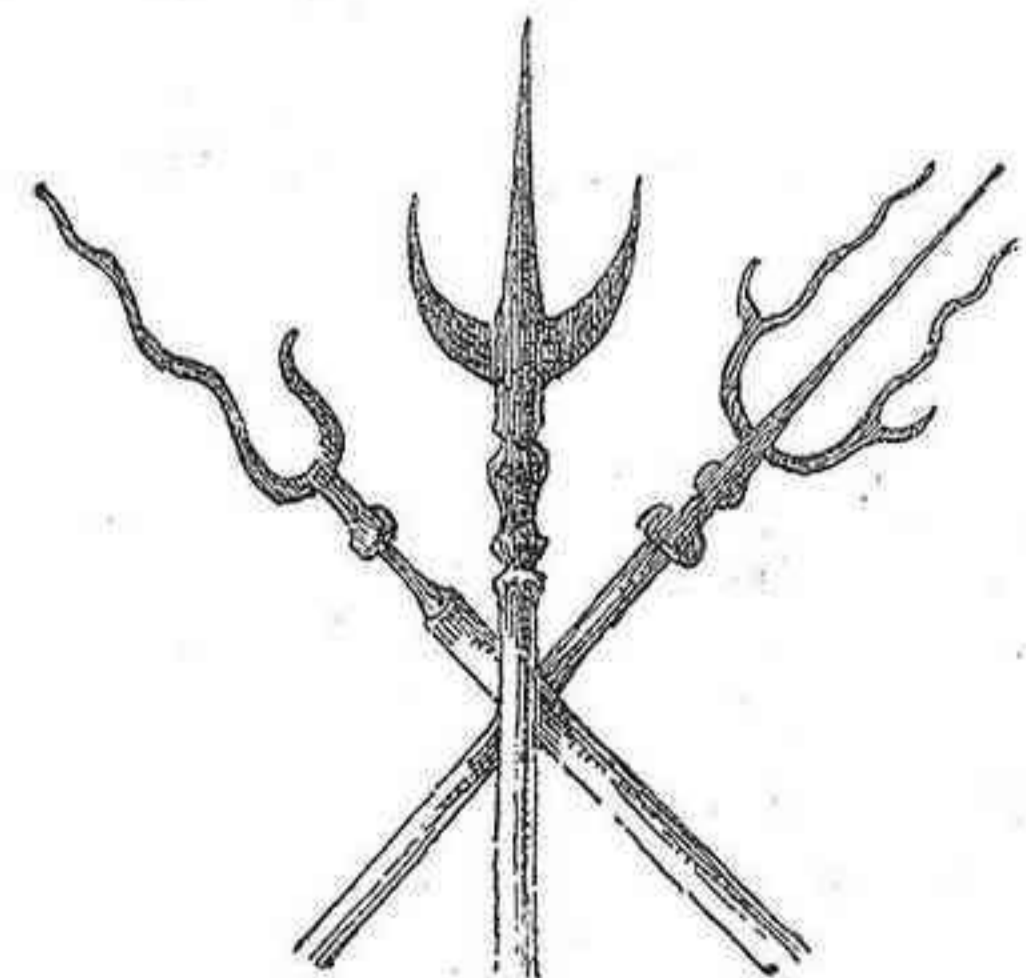


Ministro Hsu-Keng-shen-Yamen

mandarinato en recompensa de haber facilitado en épocas de apuro grandes sumas para la construcción de puentes, diques y otras obras de interés público. Estos honores dan al que los obtiene ciertos privilegios y como distintivo el botón de mandarín en el gorro, mas no el derecho de desempeñar cargos.

Pero también los empleos se compran en China con dinero. Algunos han negado este hecho, y el citado diplomático norteamericano afirma que durante los muchos años que residió en China nunca encontró un mandarín que desempeñara funciones oficiales que las hubiese comprado.

Sin embargo, enfrente de esta afirmación, séame permitido citar un edicto del emperador de la China que se publicó en el periódico oficial de Pekín del 6 de julio de 1894 y que decía así: «El lector del Hanlin-yuan, Wen-ting-schi, hace notar en un memorial que la venta de empleos no es una institución tradicional, y pide su abolición, con lo que ganará mucho el buen orden de la administración pública. Si el Estado consintió en la venta de cargos, hízolo en su origen impulsado por la extrema necesidad de dinero; pero esta costumbre ha llegado en estos últimos tiempos á prevalecer de tal manera



Armas de gala de los mandarines

que se producen confusiones en el cuerpo de funcionarios y surgen toda clase de inconvenientes. El taotai y el prefecto han de cuidar del bienestar de la población; pero ¿cómo pueden desempeñar debidamente su cargo gentes que nada saben de los asuntos de su competencia y que han comprado su empleo con dinero? Por esto es preciso que el Mi-



El almirante Ting

nisterio de Hacienda suprime inmediatamente y en absoluto la venta de los cargos de taitai y de prefecto. Respecto de los demás empleos más modestos, estudie el citado centro la manera de poner coto á la venta de los mismos é informe luego sobre ello detalladamente.»

Aunque, según se desprende del anterior edicto, hay en China una porción de mandarines que han conseguido los puestos que ocupan por medio del dinero, justo es confesar que todas estas golondrinas, con ser muchas, no hacen verano, como vulgarmente se dice. Un periódico del Este de Asia dice á este propósito con mucha razón: «El elevado ideal que antiguamente existía respecto de la administración pública está hundido y obscurecido por multitud de defectos y de manchas; ello no obstante, el ideal existe indudablemente: así es que cuando se encuentra, por ejemplo, un juez de distrito que cumple fielmente con sus deberes, el pueblo le respeta y el emperador le expresa su agradecimiento. Los castigos que de continuo anuncia el diario oficial de Pekín son una prueba más de los esfuerzos que hace el gobierno para mantener puro el sistema.»

»No deben, por consiguiente, elevarse á regla general los abusos que indudablemente existen. Entre los funcionarios se encuentran muchas personas honradas, sabias y enérgicas; la mayoría de los em-

pleos están desempeñados por hombres excelentes, dignos, que se preocupan de los intereses del pueblo. La masa popular disfruta de no poca libertad personal, y el humilde chino, aunque cargado de impuestos, no está tan oprimido como lo están los súbditos de algunos Estados de Occidente, entre los cuales los hay que pasan plaza de civilizados y que, sin embargo, tienen una administración mucho peor que la del Imperio del Centro.»

Para terminar, referiremos una curiosa anécdota relacionada con el asunto de que tratamos.

Hemos dicho antes que todos los chinos pueden aspirar al cargo de mandarín; sin embargo, están exceptuados de esta regla general los que desempeñan ciertos oficios allí tenidos por bajos, como el de barbero, ó los que cuentan en su ascendencia, hasta la tercera generación, algún individuo que los hubiese desempeñado: los que en tales condiciones se encuentran ni pueden aspirar al mandarinato ni tomar parte en los exámenes públicos.

Pues bien: sucedió una vez en Hankau que entre los que se presentaron á examinarse para entrar en la milicia había un joven que por sus extraordinarios conocimientos excitó los celos de sus compañeros, los cuales para librarse de él pusieron en conocimiento de los examinadores que el abuelo de aquél había sido barbero. Inmediatamente fué borrado de

las listas el infeliz candidato, á quien además se intimó que saliera en seguida de la ciudad.

Entonces los barberos de Hankau, indignados, se declararon en huelga, no tardando en seguir su ejemplo los de la vecina Hanyang; y no hay que decir el conflicto que se produjo en aquellas gentes que tanto cuidan de sus cabezas y sobre todo de sus trenzas. Las autoridades conminaron á los Figaros á que empuñaran de nuevo las navajas y las tijeras; pero todo fué inútil, en vista de lo cual intervino la jurisdicción militar, y cogiendo á los jefes de los barberos les obligó, bajo pena de azotes, á que afeitaran al precio ordinario á cuantos se presentaran en el patio del yamen, que durante algún tiempo quedó convertido en barbería. Pero como la mayor parte de los barberos habían huído de la ciudad, se quedaron centenares de miles de chinos sin poderse hacer la barba ni peinarse la trenza. Los militares apelaron al terror destruyendo las viviendas de los rapabarbas; pero ni por esas; antes al contrario, la huelga se generalizó, adhiriéndose á ella todos los peluqueros de la vecina capital Wuchang.

Mas como todo tiene su término, acabó el conflicto por haber acudido á Hankau barberos de otras provincias, con lo cual los de la ciudad regresaron también, soportando pacientemente el bofetón que á la clase había dado el tribunal de exámenes. — H. W

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

LA HARINA MALTEADA VIAL
AUTODIGESTIVA
es la única que se digiere por si sola

Recomendada para los **NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE**, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.

PARIS, 8, Rue Vivienne.
Y EN TODAS LAS FARMACIAS

ALIMENTO DE LOS NIÑOS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS DEFRESNE
A LA **PANCREATINA**
Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos. La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.

POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
con BISMUTO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adn. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y compremeten á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Frasco 5 fr. en Paris

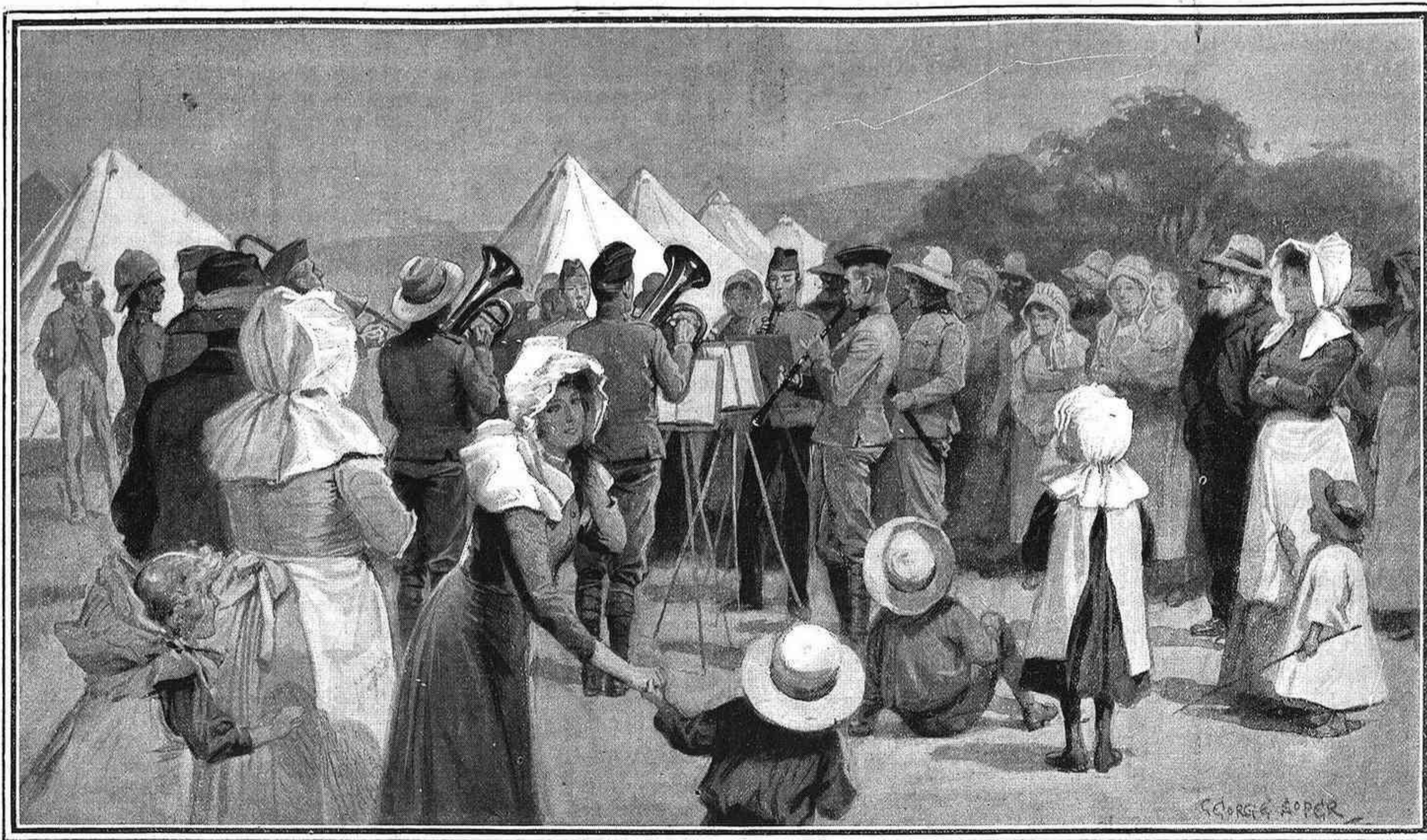
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GADESI et Co. Ex. St. Denis 148

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



CAMPAMENTO DE RECONCENTRADOS BOERS EN EL TRANSVAAL, dibujo de Jorge Soper, de un croquis de un oficial inglés

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialn, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FONOUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 RUALES.
 Exigir en el rotulo a Arma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS
MOUSSETTE
 Neuralgias,
 Jaqueca,
 Ciática.
 CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

HARINA lacteada NESTLÉ
 Proveedor de la Real Casa
 26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
 Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

CREME DE MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA Da al cutis la blancura nacarada del marfil. © 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN